

El despertar de las brujas

El despertar de las brujas

ANNE ABAND

© 2017, Anne Aband

Depósito legal: Z1515-2018

Primera edición abril de 2017

Segunda edición mayo de 2019

Diseño de cubierta: Yolanda Pallás

Impresión independiente

www.anneaband.com

www.yolandapallas.com

hola@yolandapallas.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para mis Queridas y Especiales Brujas,
mi madre y mis cuatro hermanas.*

Índice

CAPÍTULO 1: LA VISITA	13
CAPÍTULO 2: EL MENSAJE.....	21
CAPÍTULO 3: LA PREDICCIÓN	31
CAPÍTULO 4: EL DESPERTAR.....	35
CAPÍTULO 5: LAS SIRENAS	51
CAPÍTULO 6: MAGIA NEGRA	61
CAPÍTULO 7: UNA NUEVA BRUJA Y UNA CONVERSIÓN	67
CAPÍTULO 8: EL RADAR DE LAS BRUJAS.....	71
CAPÍTULO 9: NOCHE AGITADA	77
CAPÍTULO 10: LA VENGANZA.....	83
CAPÍTULO 11: EL BARCO	87
CAPÍTULO 12. NÁUFRAGOS.	93
CAPÍTULO 13: LA HISTORIA.....	97
CAPÍTULO 14: LA UNIÓN HACE LA FUERZA	101
CAPÍTULO 15: LA HABITACIÓN DEL FINAL	105
CAPÍTULO 16: DESENCUENTRO.....	107
CAPÍTULO 17: UN VIAJE AL INTERIOR	109
CAPÍTULO 18. EL VIAJE INESPERADO	111
CAPÍTULO 19: LA CABAÑA.....	113

CAPÍTULO 20. LA BÚSQUEDA	117
CAPÍTULO 21: LA INVOCACIÓN.....	123
CAPÍTULO 22: UNA FAMILIA FELIZ	125
CAPÍTULO 23: UNA PISTA INESPERADA	127
CAPÍTULO 24: VUELTA A CASA.....	135
CAPÍTULO 25: EL FINAL	137

*Aún late en tu corazón la alegría.
Saltando, bailando entre las flores.
En ese jardín secreto
que es tu fantasía.
Escuchando...*

*El intenso aroma de la libertad.
Volando, inhalando la vida.
Caminando equilibradamente
sin mirar atrás.
Con sinceridad desnuda.
Sin palabras huecas.
Vestida con sonrisas
Perfumando con amor...*

Descalza.

Javier Sin más

<http://www.poemas-del-alma.com/blog/mostrar-poema-393805>

Capítulo 1: La Visita

Lea se sentó en el banco del muelle y cerró los ojos. Una leve corriente de aire movió su cabello suelto y, casi por intuición, abrió los ojos. Allí, a dos metros de su posición, esperaba el anciano. Mirándola.

Sonreía dulcemente mientras Lea veía el mar a través de él. Pero era tan real como ella.

Quién le iba a decir, cuando esa mañana decidió salir a despejar su mente, a las seis de la mañana, que el espíritu de un amable anciano se le iba a presentar delante de ella.

Sí, probablemente más tarde o más temprano, ella iba a Ver. O a Sentir algo especial. Sus genes eran demasiado fuertes, y, sin embargo, a sus veintisiete años, sus familiares habían perdido un poco la esperanza en que ella tuviera algún don, ya que lo normal era que se manifestasen a partir de la adolescencia. Al menos siempre había ocurrido así en su familia.

Solo su abuela Leandra, de quien llevaba el nombre, confiaba en ella, veía su potencial.

Esta mañana, cuando se despertó junto a Víctor, su pareja desde hace seis meses, había tomado la decisión de salir a pasear, a despejarse. La noche anterior tuvieron, de nuevo, una discusión. Víctor la estaba agobiando con el tema de su trabajo, ya pensaba en tener niños, en casarse... y ella se sentía encerrada en su propia casa.

Todos los días la intentaba convencer para que retomara su profesión de enfermera, y dejase de atender la tienda junto con su hermana.

La «tienda», no era una tienda normal. Sino un lugar de magia. Una herboristería, pero también un lugar donde se podían obtener rituales y hechizos de magia blanca, libros, amuletos, y todo aquello relacionado. Su hermana Cris atendía a algunos clientes, echándoles las cartas o incluso entrando en contacto con sus familiares fallecidos. Afortunadamente, ella no podía. O al menos, no hasta hoy.

Así que Lea se preguntaba todos los días qué estaba haciendo con un tipo que la estaba asfixiando, y poco a poco, se iba dando cuenta de que tenía que dar el paso.

Quizá hoy iba a ser el día. Y por eso, necesitaba estar sola para pensar. Era por ello por lo que había salido temprano, antes de que Víctor despertara, a pasear.

Se había puesto un sencillo vestido blanco de tirantes, con un suave chal de algodón. Como su casa estaba muy cerca del muelle, solo se había puesto el vestido sin ni siquiera ponerse más ropa interior que la braguita, y unas sandalias planas para no pincharse con las piedras del camino.

Su abundante melena castaña caía desordenadamente sobre sus hombros, parecía ella misma más un fantasma que el propio anciano que la contemplaba con expectación.

Se removió inquieta en el banco. Era un banco muy especial. Allí se sentaban las esposas de los marineros cuando esperaban que volvieran de la faena. Muchas habían llorado lágrimas de desesperación por los que no

habían vuelto. Exudaba tristeza. Aunque Lea, ahora mismo, todavía seguía sorprendida.

No esperaba ver un espíritu. La última vez fue cuando tenía seis años. Lo que vio la aterrizó, y desde entonces, su mente se cerró a «ver». No quería saber nada de espíritus, hadas o aparecidos... nada de nada.

Gracias a no ver, su familia aceptó que fuera a estudiar enfermería a la capital, a Valencia. Tras acabar los estudios, volvió al pueblo. Les echaba mucho de menos. Y aunque trabajaba de vez en cuando haciendo sustituciones en el centro de salud, en realidad, ella siempre había amado estar en la tienda, rodeada de hierbas y piedras, de libros maravillosos, tan antiguos y llenos de sabiduría.

Sin embargo, su hermana pequeña sí comenzó a manifestar su don a los catorce años, lo que consoló, de alguna manera, a la familia... al menos una de las dos sería una bruja completa. Su abuela no hacía caso a la madre y a la tía de Lea. Estaba convencida de su potencial y de que sería una gran médium, tal y como ella era, y que el Don saldría cuando ella estuviera preparada.

Hoy parecía ese día

El anciano seguía mirándola, esperando. Ella le miró a los ojos, y él, sintiendo que le daba permiso, se acercó despacio, para no asustarla.

—Disculpe, señorita —comenzó muy educado—. ¿Podría ayudarme?

El anciano parecía muy educado. No era un espíritu aterrador, sino alguien ligeramente angustiado. Llevaba un traje de chaqueta gris, con pajarita y una limpia camisa blanca. Sus cabellos blancos se movían bajo una

inexistente brisa de finales de julio y sonreía tristemente.

Lea asintió con la cabeza y el anciano se acercó y se sentó junto a ella. Ella sabía que si alargaba la mano hacia él, no tocaría nada, pero incluso sabiéndolo, parecía un anciano tan real, que no sintió miedo, como si estuviera hablando amigablemente con un vecino madrugador como ella.

—Señorita, necesitaría que diera un mensaje muy importante —continuó el anciano con una mueca triste.

—Por supuesto, caballero —contestó Lea. Lo veía tan apurado...

No le gustaba mucho dar mensajes de fallecidos. La reacción normal era mirar como un bicho raro a la persona que lo decía. Y si no le miraban como una anomalía de la humanidad, se enganchaban a la médium para seguir recibiendo mensajes. Como le pasó a su abuela, hasta que, aprovechando su edad, dijo que ya no podía «ver», aunque Lea sabía que sus dones estaban intactos.

—Verás, Lea —dijo el caballero haciéndola sobresaltarse pues sabía su nombre—. Hoy me he decidido a hablarte. Hace semanas que te observo y sé que podías oírme... No hay tiempo que perder...

—Explíqueme, por favor —contestó intentando consolar al amable anciano. Le producía mucha ternura, como si fuera su propio abuelo. Era un anciano alto, de porte elegante y seguramente, en su juventud, habría sido un hombre imponente.

—Tienes que darle un mensaje a Tony. Dile que no se deshaga de Isabelle, por favor. Que es muy importante para él. Dile que tiene que encontrarlo....

—¿Y quién es Tony? —preguntó Lea

—Es mi nieto. Por favor, es necesario que conserve a Isabelle...

Y poco a poco fue desapareciendo entre los rayos de sol, ya que la hora mágica acababa.

Los barcos de pesca y de recreo habían comenzado a atracar. Lea miró los cascos, algunos recién pintados, otros ya descascarillados por el mar. El jaleo de las voces de bienvenida de un puerto pequeño rompía la tranquilidad del rompeolas.

Un barco antiguo, pero bien conservado, atracó justo delante del banco donde ella seguía sentada. El Fortuna, se llamaba. Lea no lo miró, seguía mirando más allá, en el mar, pensando cómo iba a encontrar al tal Tony.

Quizá si se acercase al ayuntamiento, su amiga Laura pudiera dejarle ver el padrón de los habitantes. Tenía que ser del pueblo, y no sería fácil. Aunque solo había unos cinco mil habitantes, si su nieto solo venía en verano. Entonces se triplicaba la población....

Y después, si lo encontraba, cómo le iba a decir que no dejase a la que ella imaginaba que era su novia. Ella misma estaba pensando en dejar al suyo.

Un fuerte ruido la sobresaltó. El barco Fortunahabía atracado a tres metros de ella y el capitán había tirado al muelle una pesada caja con los arreos de pesca. Al parecer iba a dejarlos en el muelle, pues se dedicaba también a las excursiones turísticas.

Lea observó el barco. El mascarón de proa estaba casi irreconocible, pero parecía una sirena, seguramente muy bella en su día. Su mirada se desvió hacia el capitán del barco, quien había saltado al muelle para coger sus amarres.

Entonces lo vio. Era un hombre realmente impresionante. Llevaba unos vaqueros cortados a mitad de muslo que marcaban sus fuertes músculos y dejaban ver unas largas y morenas piernas. Su camiseta verde, ligeramente húmeda de sudor, se ajustaba a un cuerpo torneado por el trabajo físico. Llevaba una gorra oscura que ensombrecía su rostro, pero dejaba escapar el cabello negro y rizado que le llegaba por debajo de las orejas.

Sus músculos, cargando y descargando las piezas, eran todo un espectáculo que las pocas mujeres que había en el muelle no se perdían. Su brazo desnudo se tensaba mientras anudaba la cuerda y recogía un par de cajas de pescado recién obtenidas.

Era un hombre real, un hombre de verdad. Lea se estremeció. Estaba segura de que nunca había visto un hombre tan masculino. Ni siquiera Víctor, que era tan amable y tan atento en sus relaciones sexuales, había conseguido estremecerla de esa manera. Este hombre con su olor ligeramente sudado, aunque limpio, estaba despertando en ella un deseo salvaje, un ansia por rozar su espalda, porque él la tocara...

Le daban ganas de saltar sobre él, llevarle dentro del barco y hacer lo que fuera necesario para sentir un placer que él seguro le daría.

Probablemente él no era consciente de lo que había despertado en ella, y, sin embargo, se giró y la miró. Ella se sobresaltó ligeramente, y atisbó sus ojos negros que se reían y después bajaban la mirada hacia su pecho erecto bajo la suave tela de muselina blanca.

Alguien le llamó por detrás: «Tony, ¿has pescado algo?»

Él se giró hacia el hombre que le había llamado y comenzó a charlar y bromear amigablemente.

Lea no podía creérselo... así que «ese» era Tony. Claro. Tenía que ser él. Si no, el anciano caballero no le hubiese contactado. Su nieto estaba a punto de llegar.

Y ahora que ya lo había localizado... ¿cómo le daba el mensaje de su abuelo...?, ¿cómo decirle que no dejara a su novia Isabelle? Además, para ser sincera, no le hacía ninguna ilusión decírselo. Más bien le apetecía decirle: «Deja a Isabelle y ven conmigo...»

El hombre volvió a subir a su barco. Allí arregló sus útiles de buceador, comprobando la botella, y al poco sacó un cartel que colgó del lateral del barco. Ahí estaban puestas las excursiones que realizaba. Quizá si ella contratase una excursión, pudiera entrar en una conversación intencionada acerca del mensaje. Aunque a las brujas realmente nunca les había gustado el agua... seguro que por las veces que habían atado a sus antecesoras y echado al río para comprobar si flotaban o no... pero tenía que dar ese recado. El anciano se lo había pedido con mucha educación y ella se había comprometido. Memorizó su móvil y se levantó para marcharse.

Una última mirada hacia la playa y los barcos le dio la fuerza para el siguiente paso. Con firme intención, se fue hacia su casa.

El joven se quedó mirando a la atractiva joven mientras se marchaba. Ella sintió sus ojos fijados en su espalda, en su cuerpo... pero no se volvió. Quería que esta relación fuera lo más aséptica posible. Su objetivo era que no dejase a Isabelle, al fin y al cabo.

¡Qué lástima!

Tony vio como la hermosa mujer se alejaba del pequeño muelle. Sintió su mirada cuando él desembarcó, y aunque creía que no la conocía, le resultaba familiar. Era una preciosidad de piernas largas. Su cabello estaba alborotado, como si no se hubiese molestado en peinarse después de levantarse de la cama.

Y lo que más le excitó fue que sus pechos se marcaban a través del vestido blanco. Justo cuanto él la miró, estaban bien marcados, lo que le hizo sonreír, pues también había sentido un ligero palpitar en su miembro cuando la vio. Le gustó que ella también pareciera sentirse atraída por él.

Después de hablar con su amigo Josh, que había venido a echarle una mano con las excursiones del día, subió al barco a poner el cartel. Esperaba que ella no se fuera pronto, para poder hablar, presentarse, pero cuando quiso darse cuenta, ella salía del muelle.

No pudo decirle nada, ni hablarle, y eso le puso de franco mal humor, pues esa belleza que todavía seguía con la mirada caminaba ya contoneándose de forma natural, sin artificios, hacia las casas cercanas al muelle. Todavía recordaba cómo el vestido marcaba sus curvas... esa belleza tenía que ser suya.

Capítulo 2: El mensaje

Lea abrió la puerta de su casa. Víctor ya se había levantado y le había preparado el desayuno. El desayuno que a él le gustaba. Y no a ella.

Tenía un fuerte empeño que ella desayunase abundantemente, y solía preparar zumo, tostadas, fruta, cereales... cuando a ella le bastaría un té y quizá una fruta. Nunca le había sentado bien desayunar fuerte. Se sentía manipulada hasta con la comida.

Miró la mesa puesta, mientras Víctor la besaba en la mejilla, preguntándose, «¿Qué hago yo con este tío?»

Ya no era por el magnífico hombre del muelle, y la diferencia abismal con Víctor. Era porque se había despertado. Se había dado cuenta de que no le gustaba, ni le quería. Que de repente un día había empezado a salir con él. Y hace poco tiempo había venido a vivir a su casa. Sí, era un chico atractivo, rubio, con los ojos azules y además médico del consultorio donde ella solía hacer sustituciones. Muy formal, muy serio. Incluso la madre de Víctor la adoraba.

Sin embargo, ella no sentía mariposas en el estómago cuando él la besaba, y cuando hacían el amor, era buen sexo, pero no espectacular, como imaginaba que sería con el tal Tony.

Lea se sentó en la mesa de la cocina y él, solícito, le llevó las tostadas. Mordisqueó por educación una mientras pensaba cómo abordar el tema.

—¿Qué tal el paseo, cariño? —le preguntó Víctor amorosamente, y sin dejarle contestar, siguió —te he

preparado también una tortilla y un café con leche... he pensado que quizá tras el paseo estarías hambrienta.

Hacía una semana que se había venido a vivir a su casa, y ya se sentía tan agobiada, que bueno, a pesar de todo, esto se iba a acabar hoy mismo.

—Víctor, quiero hablar contigo —dijo Lea mirándole a los ojos. Esos ojos azul pálido con los que había soñado cuando lo conoció, que le conquistaron por su inocencia y franqueza... y que le parecían ahora demasiado pálidos y sin expresión, en comparación con los ojos negros de esta mañana.

Víctor se sentó frente a ella, animándola a hablar, como si fuera una niña pequeña... pero sin esperarse lo que ella le iba a decir.

—Lo siento, Víctor, pero lo nuestro no funciona. Es mejor que terminemos nuestra relación aquí y ahora, antes de hacernos más daño —soltó Lea de golpe.

Él pareció recibir un rechazazo en la cara. Se quedó con la boca entreabierta, sin saber qué palabra decir. La miró atónito.

De repente su rostro se transformó. Se llenó de ira, con los ojos idos, se levantó tirando la silla al hacerlo. Apoyándose sobre la mesa y enfrentándose a Lea le preguntó gritando si había otro hombre.

Lea estaba francamente sorprendida. Jamás le había oído gritar ni enfadarse. Menos reaccionar así. De repente pensó que incluso le iba a pegar.

Se ve que intentaba calmarse, porque su cara comenzaba a cambiar, a calmarse. Intentó convencerla.

Con suaves palabras, acariciando su mano... pero esta vez no podría ser. Su decisión era firme.

—Por favor, Víctor, es mejor que recojas tus cosas hoy y te vayas. Te ayudo.

Ya se dio por vencido. Realmente no tenía muchas cosas. Con una maleta había acabado. Solo llevaban unos días viviendo juntos, y todavía no había traído todo.

Recogió en silencio su ropa mientras Lea le miraba compungida pero aliviada. Él, con furia contenida. Estaba segura de que él pensaba que había otro hombre. Y aunque, en realidad, ya había pensado en ello, ver el hombre real y lo que le había removido en su interior, fue el detonante. Pero no había nadie más... ni ganas.

Salió de su piso dando un fuerte portazo. Ni siquiera acabó el desayuno. Ella se sintió aliviada. No se había percatado hasta ahora de lo que estaba haciendo ese hombre en su vida. Estaba manipulándola, intentando cambiar sus costumbres, su forma de vida, y lo peor, intentado cambiarla a ella. Quería una esposa perfecta, una compañera de profesión, una mujer florero. Y ella no era así.

Ella era salvaje a veces, impredecible, una bruja sin poderes —hasta hoy—, pero una mujer libre, con una vida estupenda, y quería seguir siendo así.

Respiró fuerte y miró a su alrededor. De repente el pequeño apartamento había doblado sus metros, e incluso el ambiente era menos denso.

Su teléfono sonó sin sorprenderse demasiado. La abuela Lea, claro. Ella siempre se enteraba de estas cosas.

—¿Estás bien? —dijo nada más descolgar el teléfono.

—Sí, abuela, nunca había estado mejor —contestó Lea sonriendo.

Hablaron por varios minutos y terminó la abuela:

—Has eliminado un gran obstáculo en tu vida —continuó la abuela—, pero ten cuidado. Presiento un grave peligro. No sé todavía qué es, pero lo he sentido —susurró ella.

—No te preocupes, abu, todo está bien.

Así es como ella lo sentía, las nubes negras del horizonte no la iban a asustar. Pensó que podía con todo, y junto con su familia, se sentía poderosa, grande en su nueva libertad recuperada.

Se dio una ducha y como era sábado, decidió pasarse por el centro comercial. Hoy no le tocaba estar en la tienda. Se turnaba con su hermana Cris para librar un sábado alterno.

Lo cierto es que se llevaba de maravilla con su hermana. Nunca habían tenido problemas de celos o de riñas. Ni siquiera cuando Cris despertó y ella no, ninguna de las dos se sintió mal por ello.

Pero no. Lea no se sintió mal. La familia estaba contenta porque una de las dos se hubiera despertado. Y ella no tenía ningún problema por no poder adivinar el futuro, de hecho, casi era una liberación no «ver» nada. Cris estaba continuamente agobiada por las cosas que sentía, por las personas que acudían a su consulta, por las que no estaban vivas y deseaban que les ayudase con algún mensaje para sus familiares. Y ahora, que estaba embarazada, sus hormonas también se añadían a jugarle malas pasadas.

Toda la familia estaba encantadísima por su embarazo. ¡La saga de las brujas continuaría! Al menos con Cris.

Y cuando supieran que había cortado con Víctor, puede que perdieran la esperanza de seguir la familia por su rama... Bueno. La vida era así.

Llegó paseando al pequeño centro comercial; era una estupenda mañana y seguro que seguiría mejorando. Se

dirigió al piso superior, donde había varias tiendas para bebés.

Entró en su tienda favorita, llena de preciosos conjuntos para su futura sobrina. La dependienta pensó que era para Lea, pues llevaba un vestido suelto, de corte imperio, estampado en verdes, que hacía juego con sus ojos. Al tener un pecho más bien abundante, le caía suelto y amplio, y parecía que estaba embarazada de varios meses.

—Le voy a enseñar unos conjuntos preciosos para su bebé —le dijo la empleada amablemente.

Sonrió sin contradecirla, mientras revisaba unos vestidos preciosos. Estaba dudando entre uno blanco con topitos amarillos y otro estampado con diferentes tonos de verdes. El rosa lo descartó, seguro que su sobrina no sería dulce y suave, sino fuerte como su madre.

Lea sintió una respiración detrás de ella, y se volvió. Sorprendentemente, ahí estaba Tony, mirándola intensamente.

—Es más bonito el verde. Si tu niña tiene tus ojos, seguro que estará preciosa —dijo con su ronca y atractiva voz.

—Gracias —murmuró Lea sonrojándose.

Tony estaba apoyado en uno de los armarios desenfadadamente. Sus vaqueros cortos de la mañana habían sido sustituidos por unos largos y desgastados, y una camiseta blanca que destacaba todavía más su piel morena y dejaba ver sus musculosos brazos.

Llevaba el pelo húmedo retirado de la cara, dejando al descubierto una intensa mirada que hacía que a Lea le temblasen las piernas.

Sin embargo, Tony parecía ligeramente decepcionado. No es lo mismo que una mujer te parezca atractiva, y te guste nada más verla, a que te enteres que está embarazada, y, por

lo tanto, con pareja. Y, sin embargo, a pesar de verla elegir ropa para su bebé, no había podido resistir acercarse a ella. Como un imán, sus pies le habían conducido mientras su cuerpo no oponía resistencia.

Con su vestido amplio y un moño medio deshecho, le parecía la mujer más atractiva y fascinante que había visto en mucho tiempo. Estuviera embarazada o no.

Lea estuvo a punto de sacarle del error, de decirle que el vestido era para su hermana, que ella no estaba embarazada, que era libre.... Pero se retuvo, pues no podía tener una relación con él.

Abonó el vestido verde finalmente, mientras él no la perdía de vista. La empleada tampoco perdía de vista a Tony. Un ejemplar de hombre así venía poco por el centro comercial.

De hecho, fue una sensación, un palpito que le hizo acercarse. Sí, quería ver una televisión para su hermano, pero no era urgente. Simplemente sintió lo que llamaban «canto de sirenas», una especie de atracción. Ahora entendía por qué.

Lea salió de la tienda, seguida por el atractivo hombre. De repente, pensó algo y se giró hacia él.

—Te agradezco tu consejo acerca del vestido.... Y para corresponderte, ¿puedo invitarte a un café? —La idea era darle el mensaje y acabar esa tortura de no poder tener este hombre.

Además, ella sentía que el anciano les rondaba, aunque de momento no lo había visto.

Tony se sorprendió, pero aceptó. Estaba fascinado por esos ojos verdes, por la dulzura de la expresión de la joven y por sus graciosos movimientos que ya le llamaron la

atención por la mañana. Le recordaba al gato de su madre, que, por cierto, también tenía los ojos verdes.

Por otra parte, se sentía un poco incómodo. Estaba embarazada. Seguro que tenía pareja. Y él se iba a quedar con las ganas de conocerla mejor. Pero bueno, un inocente café y un rato de compañía agradable sería un cambio para él.

Hacía mucho que no tomaba algo con una mujer que suponía además interesante.

Se sentaron en la terraza interior del centro comercial. Hacía bastante calor fuera, pero dentro, el aire acondicionado y los grandes ventiladores del techo hacían que el ambiente fuera muy agradable, incluso fresco.

La terraza era un lugar muy agradable, lleno de plantas y árboles naturales donde toda la familia de Lea se reunía a comer a menudo. Los árboles habían sido respetados al construir el centro y tenían cientos de años. Y había flores de muchos colores, distribuidas por pequeños parterres que rodeaban rincones con mesas y sillas de forja y madera. Una claraboya en el techo dejaba pasar toda la luz solar necesaria para iluminar el conjunto.

Era su lugar favorito de la ciudad. Parecía un jardín mágico y, de hecho, lo era. De eso se habían encargado las hermanas elementales; las plantas estarían cuidadas y protegidas por los espíritus de la naturaleza.

El camarero, conocido de Lea, se acercó a ellos y les preguntó qué querían tomar.

—Un té *rooibos*, Carlos, por favor —sonrió amablemente Lea—, con hielo.

—Otro para mí —dijo Tony sorprendiendo a Lea.

Lea no esperaba que un hombre así disfrutase con un té, aunque, en realidad, no lo conocía de nada.

El abuelo de Tony se sentó en un tocón de un árbol que se había secado, y la miraba intensamente, apremiándole a decirle el mensaje a su nieto.

Lea seguía mirando al árbol y Tony se volvió.

—¿Qué miras? ¿Un fantasma? —sonrió

—Noo —se sobresaltó Lea. Simplemente el árbol me da pena, se secó y hubo que cortarlo, nada más.

—Y dime —continuó Tony—, ¿cómo te llamas? Yo soy Tony, aunque quizá ya lo sabes, de esta mañana...

—Me llamo Lea —sonrió—, como mi abuela materna.

—Y ¿qué hacías esta mañana en el muelle tan pronto? —preguntó curioso Tony

—Sinceramente... —comenzó Lea sin saber si decirle o no la verdad—, había salido a pasear porque necesitaba pensar. Verás, estaba pensando si dejar a mi pareja... o no.

—Vaya —se sorprendió Tony—, y ¿cuál ha sido el resultado?

—Cogió sus cosas y se fue de mi casa. Se acabó. Y tú ¿tienes a alguien? ¿También estás en esas circunstancias? —intentó introducir—, una ruptura es realmente mala...

—No creo que a mí me pase eso —contentísimo por saber que Lea estaba libre, y sin darle importancia al embarazo—. Yo soy de una persona, y cuando encuentro la adecuada, la cuido y la conservo para siempre.

—Eso dice mucho de ti —dijo Lea, pensando que Isabelle sería una mujer muy afortunada, porque tenía un hombre además de muy atractivo, dulce, cariñoso y leal. Vamos, su hombre ideal. Había aparecido en su vida demasiado tarde...

Al final se decidió a darle el mensaje e irse. Porque estaba sufriendo demasiado por no poder ni siquiera cogerle de la mano.

—Conserva a Isabelle, será tu fortuna.

Sin dejarle ni contestar, Lea se levantó y se fue. Suponía que Tony se había quedado sin palabras. Quizá pensó que ella conocería a Isabelle de alguna forma... pero qué importaba, pensó Lea. Si no era su futuro, su historia había acabado más rápido de lo que había comenzado.

Se dirigió hacia la tienda, en la calle de atrás del centro comercial, algo triste, pero deseando darle el vestido a su hermana. Por lo menos, tenía esa alegría.

Capítulo 3: La predicción

Alcanzó enseguida la calle de las Flores. Precioso nombre para una maravillosa vía... era estrecha pero luminosa y los balcones de los pisos superiores estaban repletos de flores, geranios, gerberas, rosas, margaritas, y también de plantas aromáticas. De hecho, la mayoría de ellos pertenecían a sus familiares. Su madre vivía en el piso superior y su tía al lado. Ahí se sentía como si estuviera en un mundo aparte.

Entró en la tienda, saludando con la cabeza a Cris, que estaba atendiendo a una pareja que buscaba algo para «animar» la relación. Dejó sus cosas detrás del mostrador y paseó entre las estanterías repletas de pequeños y preciados objetos, elegidos especialmente por su familia, por ella y por su hermana. Cada una de las piezas había sido enviada de alguna manera para una persona determinada. Quizá viniese en una semana, o en un mes, o en dos años, cuando la persona estuviera preparada. Los libros y las figuras esperaban a su destinado pacientemente.

Tras abonar la compra, la pareja se fue y Lea se acercó a abrazar a su hermana. La quería muchísimo, y ahora que iba a ser mamá, de hecho, comenzaba a notarse la barriguita ya, estaba más sensible y mimosa, y siempre dispuesta a recibir un abrazo de su hermana mayor.

Lea estaba abrazando a su hermana, cuando de repente, se puso rígida. Se apartó. Cris miraba al infinito, hacia ningún sitio, y eso significaba que había «visto» algo.

Esperó pacientemente un minuto hasta que volviera por sí misma. Y cuando volvió, Cris se volvió hacia su hermana, aterrada.

—Lea, ¡estás en peligro! Una amenaza ha entrado en tu vida —le agarró el brazo fuertemente y comenzó a temblar.

—No te preocupes, Cris, ya sabes que tus percepciones se han exagerado un poquito con tu embarazo, además, sé cuidarme —dijo intentando tranquilizarla.

Cris se sentó en una silla de madera, mientras le contaba su visión.

Ella la veía en un barco que se hundía, alguien había saboteado el barco con ella dentro. No vio nada más.

Lea pensó que el hombre del que tenía que alejarse era Tony, pero más por el sufrimiento que podía producirle no poder estar con él que por otra cosa. No sintió nada malo. Pero tampoco se podía fiar de sus sentimientos. Con Víctor se había equivocado también.

Cris comenzó a sentirse un poco mal y se subió al piso de su madre. Lea se quedó sola en la tienda. Ni siquiera le había dado tiempo de darle el regalo para su pequeña sobrina...

Comenzó a limpiar el polvo de la estantería del fondo, donde estaban las figuras de los gnomos y de las hadas. Algunas tenían una cara amable, pero otras daban un poco de miedo. Sin embargo, tenían que estar ahí.

Sonó entonces la campanita de la puerta, indicando que alguien había entrado. Lea se volvió sonriendo, y vio sorprendida a Tony, que había entrado con cara seria.

—Me puedes explicar qué querías decir con lo de Isabelle —soltó casi escupiendo las palabras.

Lea se molestó, pues, aunque el mensaje era extraño, él tenía que haberlo recibido como una buena noticia, una confirmación.

—¿Has visto dónde estás? —le contestó finalmente, y casi deseando que se fuera, pues sus ojos no indicaban que estaba tranquilo—. Estás en una tienda esotérica, de esas donde se

adivina el futuro y otras cosas —continuó Lea—, pues bien, tuve una visión cuando te vi esta mañana, y simplemente tenía que contártelo.

Tony se echó para atrás como si le hubiese dado una bofetada. Tras la primera sorpresa, una sonrisa cínica apareció en su cara. Lea dudaba si le incomodaba más los ojos furiosos primeros o la mueca de desprecio de ahora.

—Podrás engañar a mucha gente incrédula, pero no a mí. —Acercándose a ella le preguntó—. ¿Quién te ha dicho lo de Isabelle? —Y cogiéndola de los hombros, la sacudió ligeramente.

Unas lágrimas asomaron en sus ojos. Nunca nadie la había tratado con brusquedad, y además la furia se apoderaba de su aura, que comenzaba a ponerse muy roja... confirmándole que sería mejor que se alejase de ese hombre, ya mismo.

Él se dio cuenta de lo que estaba haciendo y de que la furia y la frustración que había tenido estos días con el tema de Isabelle, la estaba pagando con esa joven. La soltó y se fue rápidamente de la tienda, sin mirar hacia atrás.

Las lágrimas salieron a borbotones, todavía no controlaba sus visiones, que habían aumentado desde esa misma mañana, ni sus emociones, y el tacto de Tony le había provocado muchas emociones, entre ellas, angustia.

No sabía si era mejor tener o no dones. Pero hoy definitivamente la estaban trastornando.

Capítulo 4: El despertar

Dos meses habían pasado desde el suceso de la tienda. Lea había estado trabajando mucho, casi era lo único que hacía. Por supuesto, no se había acercado al muelle para nada. Seguía atendiendo a los clientes, pero esta vez de forma diferente. Sus dones finalmente habían despertado totalmente, y los había comenzado a aceptar.

Comenzaba a hablar con los fallecidos y, en lugar de comunicar directamente a los familiares, porque no quería que la atosigaran, había abierto un blog anónimo llamado Mensajes del Más Allá, donde nombraba a la persona, sin apellidos, claro, y el mensaje de sus familiares.

El blog estaba siendo muy popular, y había corrido de boca en boca. Le llegaban mensajes de todas partes del mundo para averiguar si había recibido algo de algún familiar. Y, de hecho, multitud de personas fallecidas se estaban acercando a ella para comunicarse.

Era un ritmo frenético... apenas tenía tiempo para estar en la tienda, y casi ni comía. Una enfermedad se estaba apoderando de ella, quitándole toda la energía. Casi consumiéndola.

Su familia no sabía nada, porque no quería preocuparles. Ellos pensaban que era por la ruptura con Víctor. Tan solo Cris y la abuela sabían la verdad.

—Tienes que controlarles, no que te controlen a ti —le decía la abuela pacientemente—, y debes subir tu energía, pues cuanto más baja la tengas, más poder tendrán sobre ti y no podrás decirles que se marchen.

—Lo intentaré, abuela —decía, pero sabía que no sería posible. Ni siquiera el inminente nacimiento de su sobrina podía alegrarla.

Sus amigas también estaban preocupadas por su salud. Ya no salía con ellas, ni siquiera tenía tiempo para tomar un café. Habían ido en grupo a la tienda para verla algún día atrás y se asustaron de la mala cara que tenía.

El viernes, por fin, entró su amiga Laura en la tienda con el rostro decidido.

—Mañana te vienes con nosotras a pasar el día, sin discusiones. Seguro que Cris y tu madre se quedarán en la tienda atendiendo a los clientes sin problemas. Y tú vas a pasar un día estupendo, al sol y disfrutando de tus amigas. Hemos preparado un plan estupendo.

Se las veía tan ilusionadas, a Laura, a su madre e incluso a Cris, que no pudo sino aceptar la excursión.

Lea sonrió. Lo cierto es que necesitaba salir. Pero tenía tanto trabajo, tantas personas que atender. Y aunque su familia se alegraba de su despertar y de que pudiera comunicarse con los espíritus, veían que intentaba hacer demasiado, atender a todo el mundo, como para compensar lo que hasta ahora no había podido hacer.

Aunque ella también lo hacía para olvidar. Para olvidarle a él.

Laura interrumpió sus pensamientos.

—¡Vamos a ir a un sitio muy especial, y llevaremos picnic!, una cestita con cosas muy ricas. ¡¡¡Prepara el bikini y la crema solar!!! —terminó Laura mientras salía sonriendo de la tienda.

Al día siguiente, Lea se puso su bikini, y unos pantalones cortos vaqueros, que antes le venían algo más ajustados y marcaban sus curvas, pero ahora se le resbalaban hasta

debajo del ombligo. Metió el pareo, una toalla y la crema bronceadora en su cesta de la playa.

Se miró en el espejo antes de salir de casa y vio su rostro serio. Unas ojeras bien marcadas rodeaban sus ojos verdes, algo menos brillantes de lo habitual. Había perdido varios kilos, y la verdad, no se encontraba nada favorecida, aunque para pasar un día con sus amigas, no necesitaba mucho más. Así que añadió una camiseta rosa a su conjunto y salió hacía la puerta de la tienda, donde habían quedado. Y donde Laura la pasaría a recoger.

Las chicas se reunieron muy contentas de pasar un día juntas y de sacar a Lea de su encierro que ya duraba casi tres meses. Su abuela había conseguido finalmente completar un amuleto y hoy lo estrenaba. Con ese colgante, hecho con piedras y protegido con diferentes rituales, conservaría su energía y le permitiría estar tranquila. Ella se sentía aliviada. No verlos durante un día iba a ser un descanso, aunque sentía algún remordimiento, porque ese día no podría ayudarles.

Laura y las demás dirigieron a Lea hacia el muelle. Iban, además de Laura, sus amigas Marga y Luisa. Contentísimas de pasar un precioso y soleado día lleno de risas y buen humor. Buena comida, deliciosos bocadillos, frutas, y algunas cervezas. Y por supuesto, una botella de cava. Una radio para escuchar música, así que no faltaba de nada.

Estaban muy emocionadas, incluso excitadas.

—Verás, Lea, hemos descubierto algo espectacular, cuando lleguemos al muelle, verás —chillaban como niñas excitadas.

—Sí, verás lo especial que es.... —dijo Marga misteriosamente.

Por su parte, Lea esperaba no ver a Tony. Se puso su sombrero un poco más abajo, cubriéndole más la cara, y esperaba que, si se lo cruzaba, no pudiera conocerla. Las gafas de sol XL que le tapaban media cara la harían irreconocible.

Claro que, a esa hora, seguramente estaría faenando.

La sorpresa que le esperaba era mayor de lo que ella hubiera pensado.

Llegaron al Fortuna enseguida y allí estaba, como un guerrero griego, esperando a sus pasajeras.

—Hola, señoritas, bienvenidas al barco con más solera de toda la costa —dijo sonriendo seductoramente.

Se quedó paralizada... y asombrada. Había una gran diferencia entre el tipo furioso que vio hace unos meses y el encantador patrón del barco que daba la bienvenida a sus clientes.

Ella pasó de largo aceptando su mano para subir, pero evitando mirarle a la cara. Entre el sombrero y las gafas de sol no parecía haberla reconocido, aunque la miró apreciativamente.

Las cuatro se sentaron en la parte posterior del barco, donde Tony les había preparado una mesa baja y unos cojines para su comodidad. Pero el viaje iba a ser rápido. Las dejaría en la cala y dentro de unas horas las recogería de nuevo.

El barco se deslizó suavemente fuera del pequeño puerto. Las chicas reían tomándose sus primeras cervezas y Lea intentaba pasar desapercibida. Observaba el barco. Era un precioso y antiguo barco, muy cuidado y con la pintura bien conservada. Seguramente sería de algún familiar, quizá del abuelo de Tony, ese amable anciano al que no había vuelto a

ver. Seguramente Tony decidió no romper con Isabelle, así que su misión se había cumplido.

Las amigas de Lea seguían riendo y disfrutando de la alegre travesía, y también de la vista del atractivo patrón y de sus dos acompañantes. Uno de ellos se parecía a Tony, aunque ligeramente más joven. Seguramente su hermano. Y el otro chico también era guapo, un joven rubio con larga melena recogida en una coleta, y que estaba siempre sonriendo.

Los tres parecían encantadores y desde luego las chicas estaban coqueteando descaradamente con ellos, a pesar de que Marga y el chico rubio de la coleta eran primos. Por eso habían conseguido que los llevaran a la Cala de las Sirenas. Un sitio nada visitado por el turismo, pues era una isla muy pequeña, que solo tenía una playa habitable. El resto era roca donde no se podía atracar.

Sin embargo, a Tony le encantaba. Su abuelo le había enseñado cómo ir, y alguna vez habían visitado esa playa de arenas blancas y aguas tranquilas. Él había buceado muchas veces ya que el fondo marino era espectacular. Pero para evitar a los turistas, no se lo había comentado a nadie.

Lo que sí había hecho su abuelo, y quizá antes otras personas, era plantar algún árbol, palmeras, y llevar unas rústicas mesas de madera, con bancadas. Además, con piedras y ladrillos habían construido una sencilla barbacoa en un lado de la cala.

—¿Cómo es que os ha dado por una excursión en barco? —preguntó Josh, el joven rubio

—Necesitábamos airearnos —dijo Marga riendo—, huir de nuestros trabajos estresantes y también queríamos sorprender a nuestra amiga —señalando a Lea—, que está pasando una mala temporada.

—Sí, estás muy seria —dijo Josh dirigiéndose a Lea, que simplemente sonrió sin contestar.

No quería que Tony la conociera tampoco por la voz. Estaba deseando llegar a la isla y que se fueran.

Las amigas de Lea no sabían muy bien por qué ella estaba tan seria. Suponían que tenía mucho trabajo en la tienda, y por supuesto, la ruptura con Víctor, y su posterior acoso. Lea las había comentado que él la había estado llamando muy a menudo al principio, casi a diario, pasándose por la tienda. Incluso a su madre, que no le gustaba nada la «tienda de hierbas», se había pasado a hablar con ella. Incluso la había amenazado. Muy duro y muy triste.

Ahora ya habían dejado de pasar, afortunadamente, y en ese sentido estaba mejor. Tenía, sin embargo, esa tristeza de quizá haber podido conocer a un hombre, al «hombre» que podría haber significado algo. Y no habían llegado a nada.

Además, estaban todas las muchas almas que solicitaban su ayuda y que estaban drenando su energía.

Su abuela se alegró mucho cuando dijo que se iba de excursión con sus amigas. De alguna forma, estaba expectante. Parecía que tenía más información que ella, pues sonreía. Eso le dio confianza, pues aún se acordaba de la visión de Cris acerca de un barco y de hundirse. Cuando la había visto esta mañana, estaba tan tranquila, sin malas vibraciones, así que se fue tranquila.

Pasaban de las doce cuando atracaron delante de la cala de las Sirenas y echaron el ancla. Lea esperaba que las trasladaran en la pequeña barca tipo zodiac que iba amarrada en un costado del barco, pero por lo que comentaban, se iban a apuntar al picnic.

Se distribuyeron para hacer dos viajes, pues la pequeña barquita no dejaba más de cuatro personas en cada viaje. En

el primero se subieron las tres amigas y Josh, con algunas de las bolsas. En el segundo viaje irían Tony; Joan, su hermano; Lea y el mismo Josh que había dejado a las chicas en la playa y volvía a buscarlos. Lea se había retrasado pensando que él subiría en la primera barca, pero no fue así. Además, llevaban una nevera con las bebidas.

No le quedó otro remedio que aceptar su ayuda para subir a la barca. No sabía cómo se iba a escapar de esa situación. Joan estaba entusiasmado con ella, la trataba como si fuera una princesa, lo que le hacía cierta gracia, pues seguramente sería unos años más joven que ella.

Aun así, no hablaba mucho, Joan era encantador y la atendía casi con servilismo. Tony sonreía ante las atenciones de su hermano por una chica. Siempre había sido muy tímido y, aunque esa mujer le atraía y no sabía por qué, le dejaba vía libre. Porque, además, no podía evitar acordarse de una mujer de ojos verdes. Una bruja.

Lea seguía sin hablar mucho. Quería retrasar el momento en el que él descubriría que era ella y quizá se pusiera tan furioso como la última vez que le vio. Aunque, si tenía suerte, él no se enteraría de quien era. Se hundió más el sombrero en su pelo, pero de repente la suerte cambió, junto con el viento.

Una fuerte racha de aire, salida de la nada, arrancó de la cabeza de Lea su sombrero, arrojándolo al mar. El cabello castaño y rizado comenzó a ondear al viento y ella se volvió horrorizada hacia Tony, quien la reconoció al instante, no solo por su melena rizada y sedosa, sino por el olor del jabón con el que se duchaba, que le golpeó de pleno en el rostro.

Joan se había lanzado gentilmente hacia la búsqueda de su sombrero y se quedaron solos en la barca.

—¡Tú! —exclamó Tony sin poder decir nada más.

Pero su rostro lo decía todo. Una mezcla de furia y de deseo lo cruzaba. La cara amable de hace unos minutos se había transformado en algo desagradable. Pero Lea no se iba a achicar frente a él.

—Sí, soy yo, ¿pasa algo? —le gritó también enfadada.

—No, pero si llego a saber que eras tú, no hubiera subido a mi barco. No me gustan las brujas —le soltó lo más desagradable que pudo.

Lea se giró hacia la playa. Se mantuvo callada pues no quería alterarle más. Para qué decirle que si no hubiera sido por la aparición de su abuelo, probablemente ni se hubieran conocido. Y que había sido su abuelo el que le había rogado que le diera un mensaje. Para qué decirle que para ella ser bruja, en los últimos meses, le estaba costando la salud. Para qué decirle todas estas cosas, si no la entendería jamás.

Con lágrimas de rabia en los ojos cubiertos con las amplias gafas de sol, se giró hacia Joan que ya se había acercado a la barca a darle su trofeo, y que continuó nadando cubriendo los dos escasos metros que quedaban hasta la misma playa.

No pudo evitar sonreírle.

—No te acerques a mi hermano —le dijo Tony al oído, sorprendiéndola por la dureza de su expresión.

—Tranquilo, no lo haré —dijo Lea saltando graciosamente de la barca a la orilla.

Los primeros viajeros ya habían comenzado a sacar las cosas de las bolsas y a limpiar un poco las toscas mesas y bancos de hojas y ramitas. Hacía tiempo que nadie iba por allí.

Laura había sacado su estupendo set de picnic que incluía un mantel de cuadros rojos y blancos, y cubiertos de plástico. Y como era pronto para comer, todos decidieron

darse un baño antes en las transparentes aguas. Tony no se unió a ellos, sino que se fue a recoger algunas ramas secas para hacer fuego. Y, sobre todo, para alejarse de Lea.

Ella no quería bañarse, sentía el agua demasiado fresca y, al fin, necesitaba coger un poco de color. Así que se echó sobre su toalla. Necesitaba llenarse de energía y el sol siempre le cargaba las pilas. De repente, se dio cuenta que, con el jaleo, no se había dado crema. Así que, aunque no era muy blanca de piel, no había tomado el sol en todo el verano y no quería quemarse. Irónicamente pensó en el fuego bajo el cual tantas brujas se habían consumido.

Sacó la crema bronceadora de su cesta mientras se incorporaba y comenzó a masajearse suavemente las pantorrillas, después los muslos y terminando por el abdomen, los brazos y el cuello y cara.

Tony estaba volviendo de recoger las ramas, cuando ese espectáculo lo dejó paralizado, casi con la boca abierta. Sin poder reaccionar ante su excitación. No sabía qué le había hecho esta mujer. Quizá lo había embrujado, pues era tal la atracción que sentía por ella, que ahora mismo se echaría sobre su cuerpo y la tomaría en estos momentos, sin importar los demás.

Sacudió la cabeza como despertando del ensueño. Intentando razonar. Llevó las ramas a la zona de la barbacoa. Era una auténtica belleza, aunque ahora estaba más delgada. Quizá había abortado, o no estaba embarazada. No quería saber nada de esa mujer.

Y sin embargo, sentía nostalgia por ella. Había algo que le empujaba a hablarle, a tomarla entre sus brazos y a consolarla de lo que fuera que le ocurriese. Se la veía triste, aunque intentaba disimular delante de sus amigas. Su delicioso moño desecho le daba un aspecto frágil y a la vez

muy sensual. Llevaba un diminuto bikini azul que apenas cubría su redondo y terso pecho, y la línea de las caderas estaba hecha para su mano.

Mejor dejaría de observarla. Estaba empezando a excitarse y ella no era buena gente. No podía serlo. Su abuela siempre le había advertido sobre las mujeres de ojos verdes, que casi le cuestan la vida a su bisabuelo. Había una historia familiar de una mujer que podía ser una bruja y que embrujó al bisabuelo o al tatarabuelo, haciendo que quisiera abandonar todo lo que tenía por ella, a pesar de que ya tenía cerca de sesenta años. Y él había crecido con esas historias. Su abuela se las contaba, aunque su abuelo no les daba mucho crédito. Siempre le decía que eran cuentos de mujeres. Y aunque eso hizo que olvidara la historia, al ver a Lea supo, de alguna manera, que era verdad.

¿Y por qué ella le dijo sin conocerse que no se deshiciera de Isabelle? ¿Cómo sabía ella que quería vender el barco de su abuelo? ¿Y que, aunque ahora se llamaba Fortuna, su primer nombre fue Isabelle?

Isabelle... era el nombre de su abuela, pues era de ascendencia italiana. Y era el nombre del barco con el que su abuelo salía a pescar, y donde le enseñó a su nieto a echar los aparejos, a pescar con anzuelo, a bucear a pulmón. Lo convirtió en un hombre.

No pudo enseñarle al padre de Tony pues nunca le gustó el mar, de hecho, se mareaba en cuanto salían del puerto. Así que se quedaba atendiendo la pescadería con su madre. Pero el pequeño Antonio, Tony, era un lobo de mar auténtico. Su abuela le decía que posiblemente le saldrían agallas detrás de las orejas. A veces, cuando se afeitaba, se pasaba todavía la mano como su abuela lo hacía de pequeño.

Sonrió al recordar a sus abuelos. Y miró hacia Lea sin poder evitarlo. Ella, que estaba vuelta hacia los bancos, le estaba mirando fijamente, como hipnotizada. Cruzaron sus miradas, y por un momento, se detuvo el mundo.

Rápidamente Tony retiró la mirada y se fue a apilar la leña.

Lea suspiró y se giró hacia los chicos que alborotaban en el agua. Cerró los ojos e intentó apagar el mundo a su alrededor.

Tony comenzó a apilar furiosamente la leña en la sencilla barbacoa hecha con cuatro ladrillos y algunas piedras.

Encendió el fuego y las llamas comenzaron a chisporrotear alegremente. Las esparció un poco para que se quemasen rápidamente y crear las brasas.

Miró hacia su barco, el Isabelle, o el Fortuna, que estaba anclado en la cala y que todavía no había vendido, aunque tenía ofertas, sobre todo las del ayuntamiento, que quería hundirlo delante de la costa para crear una barrera de arrecifes y que se poblase de peces. Que fomentasen el turismo ya que pesca había poca. Era una idea, pero después de lo que le había dicho Lea, se resistía, aunque seguía sin comprender por qué.

Hizo que retrasase la decisión. El caso es que había querido pasar varias veces por la tienda, para preguntarle. En parte seguía estando enfadado, pero tenía curiosidad. Fue tan brusco la última vez que no se atrevió.

Los chicos salieron del agua jugando y riéndose. Era la pura alegría de la juventud, pensó Lea. Ella, que siempre había sido tan alegre, estaba tan llena de vida, y los últimos meses sentía todo el peso de su alma antigua.

Fingió estar dormida para evitar participar en los juegos y en las bromas. Sencillamente no estaba de humor. Después

las chicas comenzaron a buscar conchas en la playa. Joan y su primo estaban ayudando a Tony con el fuego.

El alegre crepitar de la leña de deriva, ya seca, la llevó a un tiempo lejano...

Seguía echada en la toalla, al calorcito del sol, y se dejó llevar, quizá un sueño, probablemente una vida anterior, en la que había sido quemada viva. Unas fuertes manos la intentaban proteger, unas manos grandes y morenas, unidas a un cuerpo y a un rostro que le resultaba demasiado familiar. Pero la turba acababa finalmente llevándosela, mientras golpeaba a su protector, a su esposo. La despojaron de su sencilla túnica y la ataron a un madero. Le tiraban fruta podrida, la insultaban y la llamaban hija de Satán. Ella lloraba, no tenía miedo a morir, pero dejaba a su marido con quien se había desposado solo hacía un año. El amor de su vida y lo perdía en un momento, por culpa del odio y los celos.

Comenzaron a amontonar leña a sus pies, y enseguida alguien prendió unas hierbas secas y comenzó a arder con rapidez. Lo último que vio fueron los ojos de su esposo, desesperado por salvarla y que era retenido y golpeado por los guardias para mantenerlo apartado de su esposa. Esos ojos hoy eran muy familiares para ella. Estaban en el rostro del patrón del Fortuna.

Lea se incorporó dando un grito, saliendo del viaje al morir quemada finalmente. Tanto sufrimiento... las lágrimas salían a borbotones de sus ojos. Todos se volvieron hacia ella, pero fue Tony el que salió corriendo preocupado por si le había pasado algo.

Se arrodilló delante de ella, examinándola por si le había picado algún animal.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha picado algo? —e preguntó angustiado

—No —sollozó Lea—, me quedé dormida... he tenido una pesadilla horrible

Casi no podía hablar y temblaba a pesar del calor. Tony estaba deseando abrazarla, pero se retenía por muchos motivos. Al final le dio igual. Se sentó junto a ella y la abrazó. Oía a romero y canela, sentía su piel suave junto a la suya. Poco a poco y gracias a su abrazo se fue calmando, respirando más despacio cada vez.

Los demás retiraron la mirada discretamente. Joan miró a su hermano cómo rodeaba con sus brazos delicadamente a la joven. Se alegraba mucho, pues desde que su novia le había dejado hacía dos años, no se había interesado por nadie, y desde que a Lea se le voló el sombrero en la barca, Tony no la había perdido de vista.

Y además, Joan había observado que ella también le miraba a menudo, como si se conocieran. Le había preguntado a su amiga Marga y ella le había dicho que había roto con su novio hacía unos meses. Ambos se habían puesto de acuerdo para emparejarlos.

Tony y Lea seguían juntos abrazados. Ella apoyaba la cabeza en el hombro de Tony mientras él rodeaba sus hombros de forma muy natural. Sus muslos discurrían paralelos en la toalla, aunque las largas piernas de Tony llegaban mucho más lejos que las de ella.

Eran uno solo, piel con piel. Lea sentía el olor a leña en el cuerpo de él y su olor personal, que no le era desconocido. Agradecía que la hubiera ido a consolar, que, a pesar de todo lo que había pasado, él la hubiera abrazado.

El que fuera su esposo hace no sabía exactamente cuanto, pero unos cientos de años, estaba aquí y ahora, junto a ella.

Se sentía maravillosamente bien junto a él y no quería moverse ni un milímetro, para que no se acabase la magia, que seguro iba a durar poco. Ojalá que en esa vida anterior hubiera podido disfrutar algo más tiempo de su esposo. Le gustaría que en esta vida tuviera una oportunidad, pero lo veía muy difícil.

Finalmente, ella se separó ligeramente, no quería forzar las circunstancias, ya que había sido tan gentil de consolarla.

—Gracias, Tony —dijo Lea mirándole a los ojos con una de forma que él no supo cómo interpretar—, me encuentro mejor.

—Me alegro —carraspeó ahora algo incómodo y retiró la mano de los hombros de ella, donde había estado confortablemente apoyada, incluso diría que ese lugar estaba hecho para su mano.

—¡Chicos! —gritó Joan desde la mesa—. ¡Vamos a echar las sardinas a la parrilla! ¡Venid o se enfriarán!

Lea se levantó con dificultad. Estaba más débil de lo que pensaba. No recordaba cuándo fue la última vez que había comido. Esa mañana no había desayunado y tampoco cenó la noche anterior. Y, sin embargo, hasta ahora no había tenido hambre.

Se sentaron bajo la sombra de los árboles, en la rústica mesa con los bancos. Habían sacado de las cestas ensaladas y algunos sándwiches, mientras el olor de las sardinas asadas se extendía por toda la cala. Todos se lanzaron a la comida con gran apetito. Ya pasaban de las dos y media de la tarde y el ejercicio de la natación y los juegos había hecho que todos comenzasen a picotear alegremente. Incluso Lea comenzó a comer con más apetito que de costumbre.

Eso era bueno, pensó Marga, el día había comenzado con poco ánimo, pero ahora ella estaba de mejor humor, y

probablemente fuera a causa de Tony. Él, por su parte, la miraba a veces disimuladamente, otras no tanto, pero siempre estaba pendiente de ella.

Lea cerró los ojos y se apoyó en la roca que tenía en el lateral. Se sentía muy llena. Hacía días que no comía tanto. Quizá fuera por salir un poco, quizá el amuleto de su abuela estaba protegiéndola de la pérdida de energía... o seguramente por estar con el que fue el amor de su vida.

Josh se apartó un poco para liarse un cigarrillo, mientras Joan, con cara de misterio, atrapaba la atención de todos, pues iba a contar una antigua historia.

—¿Sabéis que esta cala tiene una leyenda trágica? —dijo susurrando.

Mientras Laura sacaba los termos del café, Joan miró maliciosamente a su hermano y comenzó a contarles la triste historia de la Cala de las Sirenas.

Capítulo 5: Las sirenas

—Cuenta la leyenda que hace unos cien años, en esta isla vivía una hermosa mujer, que se alimentaba de frutas, y de peces que acudían mansamente a sus manos para ser pescados. Esta solitaria mujer vivía en una cabaña en ese saliente —dijo señalando unos escombros en lo alto—, y hacía bonitas piezas de artesanía tallando conchas o madera de deriva. Después las vendía en el pueblo o las intercambiaba por alimentos. Era una hermosa mujer con pelo rojizo y embriagadores ojos verdes. Como tú, Lea —dijo mirándola y queriendo hacerle un cumplido, pero consiguiendo que Tony se estremeciera.

—Y resultó que el hijo del alcalde se enamoró de ella —continuó Joan—. Era pescador y siempre llevaba su barca a faenar cerca de la isla. La espiaba. Realmente debía estar obsesionado con ella. Un día —dijo Joan tomando un trago de cerveza—, el hijo del alcalde vio cómo los peces se acercaban mansamente a ella, llegando a estar rodeada de todo tipo de animales marinos, sin sufrir daño alguno. Entonces pasó de ser un loco enamorado a un ambicioso pescador. Viendo las posibilidades de que la mujer fuera capaz de atraer la pesca, intentó conquistarla, para hacerla su esposa, y así conseguiría dos premios con una sola jugada.

—Vaya cuento de niños —rio Marga—, ¿cuándo viene la parte interesante?

—No seas impaciente, prima —dijo Josh—, espera y verás.

Todos seguían muy atentos a la historia de Joan, que continuó seguidamente.

—El hijo del alcalde comenzó a llevarle pequeños regalos, flores y algunos dulces. Empezó a ganársela con bonitas palabras, o al menos a intentarlo. Él quería saber cómo podía atraer a los peces a sus redes, para ser el pescador más rico de la ciudad. La sedujo y después de pasar la noche con ella, le preguntó por ese milagro que ocurría cuando ella se metía al agua.

Ella no quiso decirle, porque no había mucho que decir. Simplemente desde que era pequeña, los peces se acercaban a ella, se entregaban mansamente. Él no la creyó. Pensó que no quería darle su secreto, así que la echó de su casa donde había pasado la noche. Ella se quedó en la calle, llorando y sola, casi desnuda.

—¡Valiente cerdo! —soltó Laura

—Y espera, no contento con haberla echado, comenzó a difundir rumores sobre ella. Como que había envenenado el agua y que había espantado los peces. Lo cierto es que la pesca había disminuido, pero no por ella, sino por una fábrica de papel que vertía al mar. El caso es que los pescadores estaban desesperados por no pescar, y el joven los había azuzado, así que fueron a por ella y la acorralaron en la playa.

—Ella se echó al agua —continuó Joan—, que era su única escapatoria. Según cuentan los abuelos de la ciudad, los animales marinos comenzaron a rodearla y se la llevaron hacia el fondo del mar. Y nunca más la volvieron a ver. Se dice que la bella muchacha se convirtió en sirena y que, en venganza por la traición cometida, arrastra a los maridos infieles al fondo del mar.

Las chicas, absortas por la historia, acabaron asintiendo convencidas por la resolución y la venganza de la supuesta sirena. Lea pensó que la mujer era una bruja seguramente, y

que, como algunas de sus primas, o su hermana mismo, eran brujas tipo «naturaliza», con especiales dones hacia las plantas o los animales.

Marga siguió protestando.

—¡Me alegro! ¡Que se lleve al fondo del mar a los hombres infieles! Yo sé de uno al que ya podía llevarse, —dijo refiriéndose a una anterior relación—, y el hijo del alcalde, ¡qué mala persona!

—Lo que tú no sabes —le dijo Joan— es que el hijo del alcalde, desesperado por haberla perdido y arrepentido por causar su muerte, salió con su barca a buscarla, y se volvió tan loco que finalmente se tiró al mar a buscarla hasta que finalmente se ahogó. Algunos cuentan que vio el reflejo de su amada en el fondo del agua y se tiró a buscarla. Nunca se sabrá.

—Qué historia tan triste —dijo Lea, que no había abierto la boca hasta ahora—, un amor no correspondido, un malentendido, una injusticia, y la necedad de la masa...

Movió la cabeza mientras una lágrima bajó por su mejilla. Disimuló lo mejor que pudo para que nadie la viera.

—Casi todos los cuentos o las leyendas de pueblo acaban mal —le contestó Tony—, en realidad, son las historias de amor las que acaban mal.

—Ehh —dijo Josh—, tampoco generalices. Mira tus padres, llevan más de treinta años juntos y lo mucho que se quieren.

—Y mis padres —dijo Marga— llevan treinta y cinco años casados y siguen juntos. Y yo, aunque no me haya ido bien en la última relación, tengo esperanza de encontrar al amor de mi vida.

—Son excepciones —cortó Tony—, ahora ya no hay parejas que duren más de cinco años. Incluso muchas que

recién casadas se divorcian porque no se pueden aguantar. Todos los que estamos aquí somos un gran ejemplo de fracaso amoroso —dando por terminado el tema, se levantó a estirar las piernas.

El resto se levantó, más o menos desanimados, y comenzaron a recoger los restos de comida y dejarlo tal y como lo encontraron. Como todavía era un poco pronto para irse, fueron echándose a la sombra de las rocas a sestar ligeramente. Marga y Joan comenzaron a pasear por la orilla mojándose un poco los pies y charlando.

Lea se levantó molesta, porque, aunque a ella no le había ido especialmente bien, creía firmemente en el amor verdadero, el amor con mayúsculas. En otra vida lo tuvo, aunque durante poco tiempo, y reconocía esa sensación, el sentimiento de verdadero amor. Se sentía confusa. ¿Estaban destinados a estar juntos en esta vida? O su destino era acercarse y luego alejarse.

Cuando llegase a casa, tenía que preguntarle a la abuela. Quizá unas hojas de té o las mismas cartas del tarot le indicasen algo.

Acabó paseando por la zona de la cala más salvaje. Unas rocas le llamaron la atención. Tenían una forma en pico, como si le estuvieran señalando algo. Tras la primera roca apuntando había otras más grandes, pero al subir sobre ellas, vio que se escondía un pequeño sendero que parecía llevar a la entrada de una cueva.

Trepó no sin algo de dificultad y accedió al pequeño camino escondido de fina arena que acarició sus pies descalzos. La entrada de la cueva no estaba al mismo nivel del mar, sino algo más elevada, como si estuviera en un promontorio. Sin embargo, no era visible desde la playa, ya que estaba algo ladeada y solo se veía pared rocosa.

Se asomó a la cueva, bastante oscura. Al principio no veía el interior, pero poco a poco se fueron acostumbrando sus ojos a la oscuridad, y lo que vio le robó el aliento.

Una zona redondeada, de unos diez metros cuadrados, como si fuera un vestíbulo de una casa, la recibió amablemente. La arena se había depositado por los rincones, y no parecía que la marea llegase hasta la cueva. El techo no era muy alto justo en la entrada, pero subía a unos tres metros un poco más allá. En esa parte había pequeños huecos en la roca que filtraban flechas de luz que llegaban a acariciar su rostro, y que jugaban aquí y allá con las partículas en suspensión.

En la parte más posterior, algunas plantas caían desde otros huecos mayores, como si de una lámpara colgante se tratara.

Lea se sintió en paz, como en su casa. Miró alrededor. En la zona de atrás había unas rocas que podían haber hecho las veces de banco para sentarse o echarse, algunos huecos en la pared parecían tallados a mano, como pequeños altares, o incluso de forma más práctica, estanterías.

Detrás, en la parte derecha, había un hueco mayor, como de un metro cincuenta de altura. Pero no había mucha luz, y Lea no se atrevió a entrar, por si fuera peligroso.

Se sentó en el banquito. La roca estaba caliente y era muy agradable. Respiró hondo sintiendo sus revueltas emociones acerca de Tony. Su mente comenzó a vagar, cerró los ojos. Una imagen le vino de repente. Una imagen de dolor y desesperación.

Una mujer huyendo en una pequeña barca casi hundida, llegando a duras penas a la isla. Su barca se hundió a dos metros de la orilla, y ella salió nadando y hundiéndose porque el vestido le pesaba demasiado, y cada vez la

arrastraba más y más hacia dentro, hacia lo profundo del mar.

La tristeza de Lea aumentó. Esa isla, o su mejorada habilidad para canalizar, la estaba llevando a recordar demasiadas vidas anteriores, y demasiado sufrimiento que la estaba dejando un poco desestabilizada, haciendo que sus sentimientos se retorcieran en su interior como gusanos hambrientos.

Todavía estaba demasiado débil, y su cuerpo se rebelaba absolutamente al conflicto de su mente. Se sentía cerca del desmayo, cuando, como un imán, unos brazos fuertes se acercaron a su cuerpo, abrazándola y dándole calor. Otra vez el mismo calor que antes la confortó, volvía a ella para su consuelo.

La mantuvo abrazada durante unos minutos, mientras ella iba calmándose, la respiración era más regular y el cansancio casi había desaparecido. Él se sentía cálido en la fresca cueva. La abrazaba con toda naturalidad, pero con cuidado y ternura. Ella apoyaba la cabeza en la base de su cuello, con los labios cerca de su piel. Estaba deseando besar el nacimiento del cuello, jugar con los morenos rizos que bajaban debajo de las orejas.

Podrían estar allí para toda la vida. Solo respiraban, y se mantenían quietos. Lea se incorporó y miró a Tony de cerca. La expresión del joven era indescifrable. Estaba serio y la miraba intensamente, pero no articulaba ningún sonido.

Él observaba su mirada soñadora, las largas pestañas le habían acariciado antes, produciéndole una intensa sensación que había intentado disimular quedándose muy quieto. No podía separarse de ella. De hecho, solo quería tomarla en brazos para siempre.

Ella, al ver su falta de movimiento, suspiró. Había dejado al descubierto de nuevo su debilidad delante de él. Delante del hombre que la odiaba seguramente por ser lo que ella era.

«¿Cómo podía sentir lo que estaba sintiendo por ella?», se preguntaba Tony. En el momento que vio que desaparecía en la cueva y que no salía en un rato, se lanzó de inmediato hacia el lugar. Y después, cuando la vio allí sentada, encogida, apoyada en sus rodillas, no pudo evitar abrazarla. Quería aclarar sus sentimientos, pero era muy complicado. Sabía que la aceptaba fuera lo que fuera. Que le daba igual que creyera en brujas y fantasmas, incluso si ella decía que lo era, podría aceptarlo. Es igual que si fuera de otra religión diferente a la suya, o de otras creencias. La verdad que no le importaba.

Lo único que deseaba era abrazarla, protegerla, aunque le fuera la vida en ello. También deseaba besarla por todo el cuerpo y hacerla suya. Allí mismo, sobre la cálida piedra. Intentó disimular lo máximo posible intentando dejar la expresión de su cara neutral.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué estabas aquí y no salías?
—preguntó dulcemente Tony.

Lea miró a los ojos de Tony. Su mirada era triste a la vez que firme.

—Estoy tan cansada... —susurró y continuó—, cuando he entrado aquí, es como si hubiera entrado en una casa, las rocas parecen bancos y fíjate allí —dijo señalando la pared—, es como si hubiera estanterías. El techo tiene hasta ventanas....

Ya estaba más relajada. Solo con su presencia conseguía tranquilizarla.

—Solo no he podido ver esa parte, que está muy oscura.

—Tengo una linterna —dijo Tony contento de haberla cogido.

Se levantaron del banco de piedra. Tony encendió la linterna e iluminó el hueco antes de pasar, por si había algún pequeño foso. Accedieron sin dificultad a otra cueva algo más pequeña, agradablemente cálida. Tony pasó el haz de luz por toda la cueva. No había nada, excepto otro hueco oscuro tras un saliente. Pero la linterna se apagó y no pudieron seguir avanzando.

Lea se dirigió casi como hipnotizada hacia el saliente. Había una oquedad pequeña en un lado. Ella metió la mano decididamente, a pesar de que no sabía qué habría dentro. Apenas entraba luz de la cueva de la entrada, aun así, Tony se sobresaltó al ver desaparecer su mano y antebrazo. Ella sacó un pequeño paquete, envuelto en un trapo antiguo.

Sentía que era un regalo para ella, que tenía que llevárselo. Salió hacia el exterior y lo desenvolvió. Entre trapos y cuerdas apareció un colgante rectangular, irregular, hecho de piedra, con alguna incrustación de piedras brillantes. La cuerda que servía de colgante estaba prácticamente inservible; la humedad y la sal la habían podrido, pero la piedra brillaba y sudaba sal.

Lea se acercó a la orilla, metiendo los pies en ella. Cuando sumergió la piedra en el agua, vieron asombrados cómo varios peces se acercaron sin miedo alguno hasta rozar los tobillos de Lea. Posiblemente buscando comida.

Levantó el colgante que brilló a la luz del sol. Tony la miraba entre molesto y asombrado.

—¿Cómo sabías que estaba allí? ¿Habías venido antes por aquí?

—No lo sabía. Simplemente fui y allí estaba —dijo Lea encogiéndose de hombros.

Mientras Lea observaba la piedra dándole vueltas, no era consciente de la atenta mirada de Tony. Sentía una increíble atracción, como un imán y sin apenas darse cuenta, estaba detrás de ella. Apoyó sus manos en los hombros desnudos de ella y se volvió.

Se miraron a los ojos, atrapados por sus emociones. Tony se acercó para atrapar sus labios, y tan leve fue el roce que Lea pensó que lo había soñado.

Joan les estaba llamando. Iba a cambiar la marea y debían salir ya. Tony la soltó sintiendo en ese mismo instante nostalgia de su piel. Lea se giró lentamente y subió por las rocas, desapareciendo de su vista.

Todavía impactado por la suavidad de sus labios y sus emociones, negó sus sentimientos con la cabeza y la siguió.

Capítulo 6: Magia Negra

Cristina sintió los primeros dolores de parto, unas semanas antes de cumplir, el dolor era demasiado fuerte... algo no iba bien.

Eran las cinco de la mañana del sábado tres de septiembre. El día que ella había soñado que moría. No era una predicción, se decía a sí misma; podía ser un sueño simplemente por el miedo al parto. Siempre le había pasado... cuando tenía una visión de ella misma o con sus familiares, no tenía mucha exactitud. Con tal de que su pequeña naciera bien... pensó desesperadamente.

Lea contestó sobresaltada la llamada de su hermana que, en ese momento, estaba sola. Su esposo estaba de viaje de trabajo, y no quería preocuparle y hacerle volver con prisa.

La abuela también estaba despierta. Había sentido la angustia de su nieta pequeña y se había puesto en contacto con Lea, quien la recogió de camino a casa de su hermana. Lea llevaba el colgante de la cueva, del que ya no se separaba, ni siquiera para dormir. Desde que se lo había puesto, no había sentido ninguna angustia ni tristeza, solo compañía.

En cierta manera se sentía protegida, y, aunque seguían visitándola espíritus, no se sentía falta de energía. Incluso había podido dormir ocho horas seguidas.

Se dirigieron rápidamente al hospital. Lea conducía deprisa pero prudentemente y Cristina iba respirando mientras sufría las contracciones. La abuela estaba inquieta pero no decía nada. Cristina fue conducida al paritorio y Lea y la abuela se quedaron esperando en la habitación.

Comenzaron a rezar a la Madre Tierra, a invocar a sus guías para que protegieran a Cristina y a su pequeña. Llamaron a sus ancestros para que los acompañaran en ese momento. Seis horas pasaron sin saber apenas nada, la inquietud se iba apoderando de Lea y de su abuela, cuando la anciana comenzó a perderse.

Ambas estaban sentadas en el sofá, recostadas y con los ojos cerrados, cuando Lea intuyó que algo iba mal. Abrió rápidamente los ojos y tocó a su abuela, que se había reclinado sobre un lado, y, simplemente, se había ido, se había dormido tan profundamente que no era capaz de despertarla. Pero no era un sueño normal, Lea sabía que estaba perdida en algún plano, en algún lugar, seguramente no de este mundo.

Llamo rápidamente pidiendo ayuda, pero ni médicos ni enfermeras pudieron hacer nada. Claro que Lea ya lo suponía. Le dijeron que estaba en un proceso parecido al coma, quizá debido a su edad. No sería ella quien les dijera que su abuela se había perdido en otro plano.

La llevaron a una habitación diferente y la acostaron, monitorizándola. Y todavía no sabía nada de su hermana. Comenzó a sentirse cada vez más hundida y sola. Su cuñado estaba volviendo de viaje y sus padres estaban también lejos.

Su mente y su corazón pensaron en Tony. Sabía que si le llamaba, seguramente no estaría muy feliz, pero ella necesitaba la seguridad que él le daba, en ese mismo momento.

Así que lo llamó. Su voz perezosa contestó al teléfono, aunque ya eran las nueve de la mañana del sábado. «Quizá está acompañado», pensó Lea desesperada.

—Tony, por favor, te necesito —sollozó sin querer.

—¿Qué ocurre? —su voz se escuchaba muy despierta ya.

—Por favor, mi hermana... en el hospital, de parto y mi abuela... en coma —terminó casi llorando

—Voy ahora mismo. En quince minutos estoy allí.

Lea se recostó en el sofá de la habitación, abrazando sus rodillas, como cuando era pequeña. Esperaba mientras las enfermeras pasaban a verla cada cierto tiempo, apenas por su situación, para darle noticias de su hermana.

Se llevaron a la abuela para hacerle un escáner, así que ella estaba allí, esperando noticias de ambas.

Tony la encontró hecha un ovillo en el sofá, apoyando su frente en las rodillas y con los pies descalzos encogidos. Sus hombros temblaban seguramente de tensión nerviosa. Se veía tan frágil que él no pudo evitar que un sentimiento de ternura le invadiera y deseara con todo su ser cogerla entre sus brazos y abrazarla hasta que dejase de temblar, dándole todo su calor y fuerza.

Lea levantó la cabeza lentamente y le vio allí, parado en la puerta, sin decidirse a entrar. Llevaba el pelo despeinado y unos vaqueros con un jersey, y, aun así, era el hombre más atractivo y maravilloso del mundo. Ella se sintió sumamente agradecida, pues, a pesar de todo lo pasado, ahí estaba, había acudido en su ayuda nada más recibir su llamada.

Se levantó y se lanzó a sus brazos, contándole a trompicones todo lo que le había sucedido en tan solo unas horas.

—Creo que mi abuela ha sido atacada por magia negra —dijo, mirándole a los ojos, segura de que no le iba a gustar nada.

Tony suspiró, pero no apartó la mirada.

—¿No crees que haya podido ser un infarto, o un ictus? —dijo casi esperando que así fuera.

—No, Tony. Ella lo sintió y yo lo sentí. Alguien quiere deshacerse de mi abuela, y sé que lo ha hecho con magia —aseguró Lea más seria y ya recompuesta—, mi abuela está muy sana a pesar de su edad. Y de repente, he dejado de «sentirla». Es la misma sensación que cuando haces un viaje astral. Si, sé que esto te suena extraño, pero es así. Ella ha desaparecido.

—¿Estás segura? —le dijo Tony mientras pasaba sus brazos alrededor de ella. Lea asentía con lágrimas en los ojos—. entonces te creo.

Tony abrazó a Lea y ella se recostó sobre su pecho. Quería creerla de verdad, porque si no, sería demasiado loco, demasiado extraño. Él había leído sobre estos temas, de hecho, de pequeño le interesaban, pero su abuela le riñó muchísimo y desde entonces le había estado, de alguna manera, convenciendo de que todo eso eran patrañas para engañar a incautos. Aun así, magia negra... era demasiado.

Sin dejarle seguir pensando, entró el médico que se había llevado a su abuela.

—Acabamos de hacer un escáner a su abuela y no hemos visto nada. No hay daño cerebral, ni en el corazón, nada que nos indique por qué está así. Extrañamente... —titubeó el médico—, es como si estuviese dormida, solo que no podemos despertarla.

Lea asintió y bajó la cabeza. No quiso ni mirar a Tony, al que suponía incrédulo y todavía escéptico; pero ella le necesitaba, necesitaba la fuerza que él le aportaba.

Su hermana Cristina seguía en la sala de parto, y no había nadie más de la familia.

El médico se retiró, quizá para hacer más pruebas a la abuela.

Lea levantó la cabeza y observó a Tony quien se había desplazado hasta la ventana, con la mirada perdida. Él aparentaba estar sereno, pero la semilla de la duda comenzaba a crecer en su mente. Si daba por cierto que esto era real, también sería cierto que Lea era una bruja. La otra opción era que toda la familia estaba loca de remate. Y esa opción no le gustaba nada, porque ella le atraía de verdad. Así que tomó la decisión que cambiaría su vida. La ayudaría. En lo que fuera necesario.

Capítulo 7: Una nueva bruja y una conversión

A la media hora nació la pequeña Marina. Nació con los ojos abiertos, como todas las brujas de su familia. Y no lloró. Simplemente miró a su madre, a la que ya conocía, y se puso a mamar tranquilamente. Cristina sonrió. Al final había ido todo bien, a pesar de las malas vibraciones y las pesadillas de los últimos días.

Ahora que ya estaba recuperándose, buscó mentalmente a su hermana y a su abuela para darles la noticia que ya estaba allí una nueva generación. Y se dio cuenta de repente que su abuela no estaba presente. A pesar de que la sintió durante el proceso, hasta que el dolor fue tan fuerte que no fue capaz de pensar en nada.

—Por favor, llamen a mi hermana Lea —dijo muy preocupada—, necesito verla.

La enfermera corrió a buscar a su hermana. No le habían dicho nada de su abuela, esperando que fuera ella quien le comentara. Se llevaron a Marina para realizarle un pequeño reconocimiento y Cristina se incorporó tras recibir asistencia médica. Se sentía muy dolorida físicamente, pero lo peor era el vacío de no percibir a su abuela. No parecía estar muerta, pero ¿dónde estaba?

Aunque la unión con la abuela no era tan fuerte como la que tenía con Lea, ella siempre estaba presente, sobre todo en los momentos difíciles, y se presentían la una a la otra.

Lea entró en la sala, intentando sonreír. Había visto un momento a Marina mientras la llevaban a realizarle la

revisión y su pequeña sobrina la había mirado fijamente. También la reconocía como de la familia.

Cristina la miró alarmada, esperando una explicación. Lea la abrazó y sin soltarle la mano, le contó lo que había pasado con la abuela. Ambas estuvieron de acuerdo que con seguridad era una magia muy poderosa, negra, probablemente.

Todavía Cristina sintió algo más. Alguien quería darle un mensaje a Lea, pero algo se lo impedía. Miró su cuello y vio el colgante de la cueva. Lea comprendió y se lo quitó, suponiendo que era la piedra de protección que le impedía recibir algunos mensajes. Un centenar de voces comenzaron a hablarle a la vez, provocándole casi un colapso.

Se recostó sobre la cama de Cristina, mientras esta le hablaba suavemente, tranquilizándola y obligándola a centrarse. Pero fue cuando sintió los brazos de Tony, que se había quedado fuera, pero al verla débil había entrado, y que volvían a rodearla, cuando consiguió acallar las voces no importantes para centrarse en la que le llevaba el mensaje.

De nuevo era el abuelo de Tony, que todavía no se había ido. El hombre apareció junto a la cama de Cristina. Con la mirada triste, les dijo que alguien muy poderoso las estaba atacando, a toda la familia, y que la abuela se había sacrificado por salvarlas. Solo estarían a salvo si encontraban a la persona de la que había surgido la magia. El abuelo de Tony no sabía quién era, pero sí que era alguien cercano, posiblemente conocido.

Antes de despedirse, el anciano le recomendó que continuase con el amuleto puesto, pues era de una bruja muy poderosa, que la protegería porque era su ancestro. Efectivamente, el comentario de Joan sobre los ojos verdes de la mujer de su cuento tenía todo el sentido.

Sin embargo, era necesario encontrar a esa persona que había invocado a alguien más, a alguien oscuro.

—Cuida de mi nieto —continuó el anciano—. Y ten cuidado con el barco, con Isabelle. Lo que encontréis puede suponer un gran cambio. Pero espero que termine todo bien.

Sin entender mucho esta última frase, se despidieron del abuelo. Él se marchó con una ligera brisa que hasta Tony sintió.

Le explicaron que alguien había venido a verlas, a contarles qué estaba pasando. No le dijeron que era su abuelo, hubiera sido demasiado impactante.

Sin embargo, y aunque él no lo confesaría nunca, había sentido algo. Un recuerdo, algo familiar que no sabía identificar. Probablemente, si no hubiera sido su abuelo, no hubiera sentido nada, pero el abuelo quiso infundir esperanza y fe en Tony.

Cristina tenía que quedarse recuperándose en el hospital, así que Tony y Lea se dispusieron a buscar de alguna forma quién les estaba conjurando.

Capítulo 8: *El radar de las brujas*

Tony se preguntaba cómo se buscan estas cosas... estaba bastante confuso, pero Lea lo tenía más que claro. Lo primero era ir a la tienda a buscar un péndulo especial.

El péndulo tenía más de doscientos años, pertenecía a la familia desde hacía mucho tiempo y estaba segura de que podría darle alguna respuesta.

Entraron a la tienda. Estaba muy oscuro, pues ya comenzaba a anochecer, y al estar en una calle estrecha, el sol se escondía rápido. Tony sintió un ligero escalofrío al mirar las figuras de ojos brillantes que estaban en las estanterías. Brujas, ángeles, extraños duendes o seres mágicos de los que ni él sabía su nombre y no le perdían de vista. O al menos, eso parecía. Si hubiera entrado aquí cuando era pequeño, habría estado fascinado durante horas y horas.

Lea se dirigió directamente a la parte trasera de la tienda. Era un lugar donde solo entraba la familia, y si la parte exterior de la tienda le inquietaba, la parte privada le hacía sentirse cómodo. Era una pequeña cocina, llena de tarros y calderos, pero limpia y ordenada. Una mesa circular de madera natural protagonizaba imponente la habitación. Las sillas se mostraban ordenadas bajo la mesa.

La joven se acercó a un mueble platero donde había una caja de madera tallada rústicamente. Se estiró para alcanzarla pues estaba en la estantería más alta. Al bajar el pequeño cofre, Tony pudo ver que en la tapa había como un cristal en forma de ojo que cambiaba de color según el

reflejo de la luz. Era bastante siniestro y desde luego él no lo hubiese tocado.

Lea tomó el péndulo con cuidado. Tenía una intrincada estructura, con la punta metálica, de donde surgían dos espirales que se retorcían hasta llegar a una bola metálica en la parte superior. Había extendido un tablero de madera antiguo, con letras y números y comenzó a mover el péndulo sobre el mismo.

Las primeras respuestas confirmaron el uso de la magia negra contra la familia, especialmente hacia Lea. Una corriente fría entró desde la puerta, haciéndoles estremecer. En la mesa redonda había además un par de jarrones con velas en su interior, que habían encendido para el ritual del péndulo. La corriente movió las velas y dejó el cristal con vaho, como si alguien hubiese echado el aliento. Letras sueltas comenzaron a aparecer y Tony, esta vez rápido, sacó su móvil y comenzó a fotografiarlas, mientras Lea, con los ojos cerrados, parecía estar en trance.

Tony la miró temeroso de que le pasara como a su abuela. Pero ella parecía estar bien, todavía estaba sentada y en un instante comenzó a mover los labios como si hablara, pero sin emitir sonido alguno.

El péndulo se había quedado fijado en la letra V, pero ¿qué significaba? Todavía no lo sabía. No apartaba la vista de Lea, que seguía con los ojos cerrados. Durante cinco minutos, que a Tony le parecieron horas, ella siguió moviendo los labios con los ojos cerrados, hasta que, sin previo aviso, abrió los ojos como platos y exclamó,

—¡No es posible!!

—¿Qué pasa? —le preguntó Tony sobresaltado.

—Ya sé quién es, se quién nos está enviando la magia negra. Es un antiguo hechicero, que vivió hace unos ciento

cincuenta años en esta misma ciudad, y cuya descendencia le ha llamado para hacernos la vida imposible.

—¿De hace ciento cincuenta años? —repitió incrédulo Tony—. ¿Cómo puede alguien que murió hace tanto tiempo hacer esto? Y ¿quiénes son sus descendientes? No entiendo nada.

—Lo siento, Tony. Siento que te veas implicado en esto. Si lo deseas, puedes marcharte ahora. Creo que no estarás afectado y te protegeré si es necesario. Se me ha mostrado el rostro y el nombre del hechicero, y es posible que pudiera neutralizarlo, pero está ligado a una maldad de este mundo...—se lamentó Lea—, a una persona realmente malvada y se alimenta de su odio. Necesitamos encontrar a esta persona primero, hasta que no la localicemos, no podremos con él.

Tony se quedó pensativo, intentado digerir toda la información. Lea se levantó y miró por la pequeña ventana de la cocina. Daba a una pequeña capilla interior, oculta para el resto de la ciudad, pero una reliquia para toda la familia. Rezó a la Virgen que allí estaba, para que le ayudase en esta situación. Por un lado, se sentía muy dolida, porque no sabía quién podía desearles tanto mal. No hacían ningún daño con sus cremas o sus tisanas y no había sentido ese odio nunca. Las personas que no creían en su magia, simplemente, no se acercaban a la tienda. De hecho, solían crear rituales protectores a menudo. Su abuela siempre le decía que cuando hay energía de amor y bondad, y se transmite a los demás, fuerzas oscuras podían sentirse amenazadas y enviar todo tipo de energía malvada. A ella siempre le habían parecido cuentos para obligarles a realizar los largos y aburridos rituales de protección, pero ahora se daba cuenta

de que era posible. Había sentido el dolor y el odio intenso y malvado, y se le había puesto la piel con el vello de punta.

Le contó brevemente a Tony y él la miró preocupado.

—¿Quién puede odiaos tanto? —le dijo. Porque a él mismo no le gustaba el tema, incluso la había rechazado al principio de alguna forma, pero una vez que conocías a la familia, era de lo más normal, educadas, amables y discretas.

Lea movió la cabeza. Tenía que concentrarse mucho para averiguar quién o quienes podían ser. De momento no tenía ni idea. Tony le enseñó las fotos de los jarrones de cristal. Había varias letras, una R, una V, una L, el resto no era claro. Como si varios dedos hubiesen escrito a la vez.

Ahora que su cuñado y sus padres estaban a punto de llegar, y se quedarían en el hospital cuidando de las tres brujas que permanecían ingresadas, ella estaba mucho más tranquila y podía dedicarse a buscar. Pero deberían descansar de este angustioso día. Le dijo a Tony que se fuera a su casa a descansar. Mañana seguirían con la búsqueda. Él negó firmemente.

—No te dejaré sola. No tengo miedo de los espíritus, pero si hay alguien aquí que quiere hacerte daño, me quedo contigo. Si te parece bien, iré a tu casa a dormir, seguro que tienes un sofá muy cómodo —sonrió para aliviar la pena de Lea.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. No quiero que te implique más, ya has hecho bastante por mí y por mi familia

—Iré —zanjó Tony—, tanto si quieres como si no. No estaría tranquilo si fuera a mi casa. Es demasiado tarde, ya estoy implicado contigo.

Sus palabras hicieron estremecer a Lea. Él se sentía implicado con ella. No quería, sin embargo, investigar qué

sentimientos le movían. No en ese momento, lo cierto es que le necesitaba. Era como un faro en su noche oscura. Desde el primer momento que lo vio, solo deseó abrazarle y acurrucarse en su pecho.

Lea aceptó.

—Está bien, vivo muy cerca, así que llegamos en un paseo.

En menos de quince minutos llegaron a su casa. Lea había alquilado un pequeño apartamento lo más cerca de su familia que pudo, era una coqueta urbanización cerrada con piscina y jardines llenos de flores. La noche estaba fresca a pesar de ser septiembre, y no había mucha gente por la calle, así que agradeció la compañía.

Se agarró de su brazo, y Tony se sorprendió.

—No te vuelvas ni hagas nada, pero siento que nos observan —dijo Lea simulando que hablaban normalmente.

Tony se envaró, pero no hizo ningún movimiento brusco. Sin embargo, se puso en total alerta por si tenía que defender a su chica. Sin poder evitarlo, le pasó un brazo protectoramente por la cintura. Y entraron en el portal, por fin.

Les estaba observando tras el árbol del paseo. Así que estaba con ese tipo, le había pasado un brazo por la cintura, y ahora iba a su casa, a pasar la noche. Se estremeció de rabia y dolor. Ella lo pagaría. Ella y toda su familia.

Capítulo 9: Noche agitada

Casi no habían comido nada en todo el día, así que, aunque era algo tarde, Lea preparó algo de cenar. Abrió una botella de vino y sacó algo de queso, unos frutos secos y calentó un par de vasitos de arroz precocido que tenía en la nevera. Necesitaban recobrar energía.

Tomó unas rebanadas de pan de centeno y preparó unas tostadas, añadió el queso y algo de membrillo. Puso todo en una bandeja y se sentaron en el sofá, con su picnic.

Al final, Lea comió más de lo que pensaba. La preocupación del día le había robado el apetito, pero estar junto al hombre le hacía sentirse en paz y tranquila. Él comía despacio y en silencio. Estaba pensando, y ella le dejaba estar. Tenía que aceptar muchas cosas y romper con sus creencias de toda la vida.

Tony finalmente habló.

—¿No se te ocurre nadie que os pueda odiar tanto? ¿Alguien que te desee tu mal?

—No —dijo Lea moviendo la cabeza—, he pensado largo y tendido pero la verdad no sé.

—A ver, repasemos vuestra vida en los últimos meses. ¿Te parece bien?

—Sí, sí, no tengo inconveniente. Repasemos. Mi hermana Cristina estaba embarazada, y su marido viaja a menudo, es comercial de una fábrica de piezas de automóvil. Mis padres están jubilados desde hace tres años y viajan a menudo. Y mis tías tampoco hacen nada especial, viajar, pasear. Nada más. El resto de mi familia no vive en el pueblo.

—Quizá mi abuela... —continuó pensativa Lea—, quizá ella puede haber tenido alguna mala experiencia, siempre ha sido un poco rebelde. Y cuando decidió no dar más mensajes del más allá, hubo gente que se molestó. Pero esto fue hace ya casi diez años. Cuando Cristina empezó a recibirlos. Y los mensajes que yo recibo los contesto a través de mi blog, así que nadie sabe que soy yo la que los mando. Por ese lado, creo que no.

—Y tú, en tu vida personal, ¿crees que puedes haberte granjeado enemigos?, ¿en tu trabajo?, ¿en tu vida afectiva? —preguntó Tony deseando saber más de lo que suponía.

—Hace unos meses rompí con mi novio, Víctor, un médico muy agradable con el que llevaba unos siete meses saliendo. Él acababa de venir a vivir a mi casa, cuando me di cuenta de que no éramos almas gemelas, que no congeniábamos. Quería manejar mi vida y a mí me gusta que me acompañen, no que me manejen. Casualmente fue el día que te vi por primera vez, el día que rompí con él.

—¿Y él no te guarda rencor?

—Bueno, al principio, se enfadó mucho, me gritó, pero luego hemos ido hablando y todo ha sido muy civilizado. Creo incluso que tiene otra relación.

—Entonces...

—Entonces, no sé. Mi vida es muy normal. Trabajo, paseo, leo, tengo mis amigas, a las que adoro y ellas también me quieren mucho, ya las has visto... de verdad que estoy pensando sin parar y no sé.

Lea se frotaba las manos nerviosa y Tony se acercó y se sentó junto a ella, le pasó un brazo por los hombros atrayéndola a su pecho. Apoyó su frente en la cabeza de Lea y un suave perfume le llegó, estremeciéndole.

Ella levantó la cabeza hacia él cuando notó su reacción y le miró a los ojos. Sus rostros se fueron acercando como dos imanes sin posibilidad de separarse. Tony acercó sus labios a los de ella, sin llegar a rozarlos, pidiéndole permiso, y ella se lo dio.

El atrapó su boca tan deseada, suavemente al principio, luego con ferocidad. Quería besarla desde el primer momento que la había vuelto a ver. Exploró su boca, sus suaves labios y abrazándola cada vez más cerca. Ella cambió de posición, sentándose encima de sus piernas, sintiendo la dureza de su excitación bajo sus nalgas.

Comenzaron a acariciarse cada vez más audazmente, quitándose la ropa el uno al otro. Su ansia por tenerse hacía que sus movimientos fueran más intensos. Las caricias, más atrevidas, exploraban sus espaldas, sus pechos, y ya casi sin ropa, los movimientos sensuales, aumentaban la excitación ya de por sí enorme.

Lea se levantó y cogió de la mano a Tony. Ambos llevaban solo los pantalones puestos. Le condujo hasta su habitación, a la cama. Desnudo al hombre, desabrochándole los vaqueros. Él ya estaba descalzo y como tampoco llevaba calzoncillos, enseguida vio que estaba más que preparado para la acción.

Ella le empujó riéndose y lo echó en la cama. Mientras Tony observaba como ella se quitaba los pantalones y se subía de pie encima de la cama, con un pie a cada lado de él, ofreciéndole el mejor espectáculo que nunca había visto. Ella sonrió y cayó de rodillas sobre su vientre, deslizándose eróticamente hacia la parte más inferior de su cuerpo.

Él la tomó de las caderas y comenzó a acariciarla, mientras ella se apoyaba pecho contra pecho y besaba su cuello. Entonces él la subió un poco hacia arriba, para

alcanzar sus pechos redondos y suaves, hasta que estuvieron a la altura de los labios de Tony, cuando aprovechó para besarlos y lamer suavemente sus pezones, lo que hizo que Lea se retorciera de placer.

El miembro erecto de Tony daba saltos de placer contra las nalgas desnudas de Lea. Tony seguía besándola, ahora ya en la boca, mientras que Lea se movía contra él. Él la miró para ver si estaba segura y lo que vio le excitó todavía más, pues ella resplandecía de placer.

Lo deseaba como nunca había deseado a nadie. Se entregaron al amor y al sexo durante varias horas, llenas de caricias y suspiros, pasando una de las mejores noches de su vida.

Lea llegó al orgasmo justo un segundo antes que Tony, quien podría jurar que era el mejor que había tenido nunca.

Con los ojos cerrados y abrazados, ella rememoró otro tiempo en el que había compartido lecho con el antiguo Tony. Su amor verdadero, su matrimonio truncado por odio y por los celos. El mismo odio que en esta vida volvía a encontrarse. Un odio entonces por un amor no correspondido. Según le vino la historia a retazos, ella estaba casada con su hombre, rechazando a un hombre muy poderoso que estaba prendado de ella con verdadera obsesión. Y aun habiendo sido madre hacía pocos meses, el noble seguía encaprichado de ella. Ella se negaba una y otra vez, hasta que el noble la acusó de brujería. Es cierto que lo era, pero solo hacía ungüentos y tisanas, sin mal a nadie. La quemaron en la hoguera, mientras su amor verdadero no podía hacer nada, porque ella le había rogado que, sobre todo, protegiera a su pequeña hija. Que huyera, para que el noble no le metiera en la cárcel y le arrebatara a su pequeña.

La historia se repetía, pensó de repente. Es cuestión de celos. Pero Víctor jamás haría una cosa así, pensó Lea, ¿o sí?

Se acurrucó junto a Tony, quien la abrazó dormido. Emitió un suave ronquido. Estaba tan relajado. Se merecía descansar, la había ayudado tanto... lo tapó con la fina cubierta y observó con la poca luz de la luna que entraba por la ventana su rostro dormido. Sin duda era él, el mismo de su vida anterior. Su nariz recta y sus largas pestañas eran las que contemplaba todas las noches hace más de cien años. Ahora lo había vuelto a reencontrar.

Sintió una presencia en el salón de su casa, así que se puso una bata larga y salió. Ella estaba allí, una presencia femenina, con un antiguo vestido. Era ella misma. La misma mujer, pero hace muchos años, la misma con la que había soñado esa y otras noches, la que fue quemada por los celos desmedidos de un hombre vengativo, y que tuvo que abandonar al amor de su vida y a su hijita.

Su mirada era serena y amorosa. En realidad, conforme la miraba, no se parecía tanto a Lea. Era algo más baja y un poco más curvilínea. Pero eran sus ojos y desde luego, la misma alma.

—Vengo a avisarte, mi amada hija —comenzó susurrando—, pues te enfrentas a un destino similar al mío. El hechicero que ahora te amenaza, y que ha atacado a tu familia, es el mismo que me acusó de brujería e hizo que me quemasen. Ha esperado todo este tiempo en su tumba a que un descendiente le invocase para vengarse de mi descendencia.

—¿Es Víctor su descendencia?

—Bien lo sabes, querida. Debes poner fin a esto o seguirá por siempre amenazando a nuestra familia, y tú morirás. — Terminó desapareciendo con lágrimas en los ojos.

Lea se estremeció, esta vez de temor. ¿Cómo podría poner fin a este odio que se había transmitido por generaciones? Sin tener una idea clara, volvió a la cama, a dormir en brazos de su amor verdadero.

Capítulo 10: La Venganza

Víctor volvía a salir sin desayunar. Desde que había roto con Lea su apetito había disminuido, casi por completo. Su madre estaba muy disgustada y preocupada por él, a la vez que lo culpaba por haber perdido a una de las pocas chicas solteras y con carrera que quedaban en el pueblo. Era así de *snob*, pensó Víctor. El malestar de su madre no era nada comparado con el suyo. Él había perdido a su futura esposa.

La mayoría de las jóvenes del pueblo atractivas o estaban comprometidas o casadas, o ya se habían ido de allí. Y las otras no eran suficientemente buenas para él. Lea, a pesar de ser un poco rara y tener una familia «especial», era un buen partido. Si hubieran seguido juntos, posiblemente podrían haber formado una bonita familia, y siendo enfermera, poner una consulta privada, para atender a los turistas que cada vez eran más numerosos. Él ya lo había planeado todo, incluso cuántos hijos tendrían. Y ahora todo se había acabado. Ella le había dejado, al parecer, por ese tipo del puerto, un muerto de hambre que solo tenía un barco.

No entendía nada. Él le ofrecía un mundo lleno de comodidades, una vida fácil y tranquila. Incluso su madre había aprobado a la joven, a pesar de la loca de su abuela. Ella también estaba enfadada con la mujer.

Hace unos días se había encontrado con Lea en el mercado de frutas, cuando él acudió a comprar algo de comida. Había intentado ser muy amable con ella, incluso zalamero, intentando tener de nuevo una cita, pero ella, muy cordial, le había dado largas y no consintió ni en tomarse un café con él.

Cerró la puerta de la casa de su madre con fuerza. Estaba furioso al recordar su rostro amable y distante que hacía pocos meses le miraba con amor. Al menos eso creía él. Que ella le quería, pero al parecer se había engañado. O quizá alguien la había influenciado contra él.

La madre de Víctor escuchó el portazo de su hijo querido. Su único y precioso hijo, despreciado por una lagarta desagradecida, que prefería estar con cualquiera antes de elegir un hombre guapo, con un futuro brillante. Ella lo pagaría. Ella y toda su familia.

Se fue refunfuñando rabiosa hacia la habitación del fondo del pasillo, donde tenía su máquina de coser... y su altar. Había visto en Internet cómo hacer rituales para retener a las personas, y como manipular los sentimientos. Y de alguna manera, se había sentido muy natural hacer todo esto. Era como si lo hubiera hecho siempre.

Había preparado un altar tal y como lo explicaban en una página web de magia, y había invocado a sus antepasados para que la ayudaran con este ritual para atar a esa chica con su hijo. Pero no había funcionado. Así que buscó más y se acercó al pueblo de al lado donde vivía un hombre africano que le aconsejó, después de pagarle más de doscientos euros, unos rituales muy concretos.

En esos rituales utilizó sangre de cerdo que le vendió la carnicera, sin decirle para qué. Estaba segura de que era magia negra, pero no se merecía otra cosa. Tenía una foto de Lea en el altar, e incluso había conseguido un cepillo del pelo que su hijo se llevó por error cuando se volvió a casa. Eso y unas velas negras, más otros símbolos y estampas. Estaba muy satisfecha del resultado. Además, cuando entraba en esa habitación, se sentía llena de energía y salud.

Había decidido que era la familia de Lea la que había impedido que ella estuviera con su hijo, así que primero se desharía de ellas, de las mujeres. Atacó a la hermana pequeña, que hacía unos días había parido, pero sin éxito. Eso sí, la abuela chismosa estaba en coma. Quizá no despertara, pensó satisfecha. Una menos.

Seguiría con esa magia tan potente. Iría tras Lea directamente, pero ahora ya no quería que volviera con su hijo. Le había hecho demasiado daño. Había causado mucho dolor a su familia, así que la castigaría. A esa perra y al bastardo con el que se acostaba.

Se puso de rodillas delante del altar, como cuando iba a misa los domingos, sonrió maliciosamente. Y comenzó con los cánticos que el chamán le había dicho, mientras su mente se centraba en dolor y muerte.

Ajena a lo que le estaban enviando, Lea fue a visitar a su abuela al hospital. Su aspecto era tranquilo y ella sabía que, de alguna manera, les estaba ayudando. No había podido llegar mentalmente hasta ella, y tampoco Cristina, quien ya había sido dada de alta, junto con su bebé.

Hoy volvían a casa. Los padres de Lea se quedarían en el hospital acompañando a su abuela. Subió las escaleras de la primera planta casi corriendo, deseando ver si había habido algún cambio en el estado de su abuela, a pesar de que sus padres no le habían dicho nada. Quería verlo con sus propios ojos, quería hablar a su abuela, despertarla...

Y a la vez estaba pensando en la noche pasada con Tony. ¿Había hecho bien en acostarse con él? No quería mostrarse tampoco muy esperanzada, ni con demasiadas expectativas, para evitarse sufrir. En el pasillo de la planta baja se había cruzado con Víctor, que pasaba consulta, y tan solo se dirigieron una mirada seria. Ella observó su aura cuando se

alejaba. Estaba oscura, pero no negra, ni roja, lo que le confundió. Pensó que quizá había sido él quien, de alguna forma, quizá incluso de forma inconsciente, había lanzado la maldición.

¿Quién había sido entonces?

Capítulo 11: El barco

La vida comenzaba a considerarse «normal», a pesar de que la abuela seguía en otro lugar, pero aparentemente fuera de peligro. Cristina y su pequeña Marina estaban bien, y la madre de Lea ayudaba a su hija en la tienda. No habían recibido más ataques ni más avisos, ni siquiera de los espíritus, lo que les hacía estar más confiados. Simplemente dejarían pasar el tiempo. Seguro que su abuela se recuperaría en breve. Ella había soñado que pronto se abrazarían.

Decidieron visitar de nuevo la isla. Él anuló todas las excursiones del día y en la tienda se había quedado su madre. También insistía en que Lea se despejase un poco y se divirtiera. Le agradaba mucho ese chico que miraba protectoramente a su hija. Además, conocía a su familia, del pueblo de toda la vida. Honrados y trabajadores, igual que su propia familia.

Lea preparó algo de comer en una mochila y se dirigieron al barco para pasar el día navegando y visitando la isla donde se reencontraron.

Isabelle, el barco que había salvado a Tony de la ruina. Gracias a las indicaciones del abuelo del chico, habían encontrado unos documentos que le hacían heredero de la pequeña isla de las Sirenas, que, aunque no era un gran valor, siempre podría venderla y no tener que vender el barco. Incluso podría intentar comprarse uno más moderno para llevar a bucear a turistas que deseaban ver las rocas o el barco que había hundido a treinta metros debajo del mar.

Y ahora, Tony podría tener un futuro mejor, lo que le alegraba pues deseaba una vida junto a Lea, cuando acabase todo.

Habían quedado en el puerto. Mientras él estaba reponiendo algo de aceite al viejo motor, ella se había sentado en el mismo banco donde le vio por primera vez. Donde comenzó todo.

El puerto estaba bullicioso a finales de verano. Todavía había muchos turistas que se distribuían en los barcos de recreo con sus neoprenos preparados y las cámaras acuáticas cargadas para intentar llevarse un poco de la belleza de las aguas. Tony también tenía equipo de buceo, pues además de tener una gran experiencia, este año se había sacado el título oficial para poder dar clases.

Tony bajó del barco con un alegre salto. Ya había visto a Lea sentada en el banco, esperando y mirando el intenso ajeteo matinal, abstraída. Había aprovechado para observar su pelo revuelto como siempre, con un moño desecho, hoy llevaba una camiseta de tirantes y un pantalón muy corto. Debajo llevaba un bikini azul con el que estaba espectacular. A Tony le encantaban sus piernas largas y atléticas y su piel tan suave. Solo de pensar en la noche de sexo que tuvieron, se estremecía de placer. Era evidente que ella le gustaba mucho, casi demasiado. Aunque él no estaba seguro de los sentimientos de Lea.

La saludó con un suave beso en los labios y ella, alegre, se tiró a su cuello, él la abrazó rodeándola y dándole un pequeño vuelo, como a los niños pequeños, lo que la hizo reír. Su risa le pareció como una encantadora música.

La dejó suavemente en el suelo y, tomando su bolsa, se dirigieron al barco.

—Es curioso —comenzó Tony—, hasta hace unos días, iba a vender el barco, y quizáirme a Valencia a buscar trabajo, y ahora, soy dueño de una pequeña isla, esos documentos parecen muy reales. La isla de la Sirenas, quién lo iba a decir. Sabes, he pensado crear un centro de buceo allí, respetando la isla, claro —seguía hablando Tony, emocionado, mientras encendía el motor del barco.

—Es un maravilloso plan. Es una de las zonas más bonitas que hay por aquí. Y quizá en la parte submarina de la isla, hay muchos peces...

—De hecho —le cortó Tony—, hay una pared rocosa en la parte norte vertical de unos veinticinco metros de profundidad, y hay una gran biodiversidad. Y puede que haya cuevas submarinas. Te gustaría... —titubeó—, ¿te gustaría ayudarme con el centro de buceo y quizá construir allí una cabaña para los dos?

Lea titubeó. Él sería el amor de su vida probablemente, pero su familia le necesitaba. Tony observó la vacilación de Lea y comprendió que se había precipitado. La realidad es que estaba enamorado de ella, muy enamorado, sin importarle a qué se dedicara o qué fuera, la amaba. Se dio cuenta en el mismo momento que leyó en sus ojos esa inseguridad, que podría perderla.

Se quedaron silenciosos durante un rato. Ella, pensativa; él, maniobrando para salir del puerto. La brisa agitaba suavemente el cabello de Lea, soltando de su ya despeinado recogido y enroscándolo en su cuello. Disfrutaba del aire, del mar, ya no tenía miedo del agua y, además, estando con Tony, se sentía segura.

Tony maniobró hacia la isla de las sirenas. Ya se veía en el horizonte, cuando de repente, el motor comenzó a hacer ruidos extraños, hasta que, finalmente, se paró. Tony bajó

rápido a revisarlo, mientras Lea intentaba comunicar por radio.

A pesar de su larga experiencia, Tony no era capaz de ver la avería. Simplemente había dejado de funcionar. Además, empezaba a entrar agua lentamente por alguna parte, ya tenía los pies empapados. Aún no estaban demasiado cerca de la isla. No podrían llegar con el barco.

Subió a cubierta y vio como Lea estaba intentando sin éxito comunicar por radio. Tony sacó los chalecos salvavidas y rápidamente se los pusieron. Sacó la barca hinchable que guardaba en un cofre, y que nunca había tenido que utilizar. Era pequeña, pero suficiente para que los dos pudieran llegar a la isla. Estaba rabioso pues no podía hacer nada por salvar el barco, que cada vez iba inundándose y amenazaba con volcar. Hinchó la barca y la lanzó al agua. Era preciso salir cuanto antes. Lanzó las mochilas a la barca y también la radio que había desmontado. El barco seguía tambaleándose cada vez más peligrosamente. Se tiraron al agua y subieron a la barca, que solo tenía un remo. Se tenían que alejar rápidamente del barco, de su Fortuna, o Isabelle... antes de que se los llevase al fondo con él.

Lea se estaba portando muy valientemente, se aferraba a las cuerdas del borde de la barca tan fuerte que tenía los nudillos blancos, pero no decía nada, solo miraba hacia delante.

Alcanzaron finalmente la playa y echaron la vista atrás, buscando el barco, que se hundía silenciosamente.

Tan solo se llegó a ver el palo de la bandera, que sobresalía un metro por encima del barco, y al encallar en una zona no excesivamente profunda, quedaba como una muestra del desgraciado accidente, si es que había sido un accidente.

Lea le miró.

—¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé, pero se me ocurrirá —le aseguró Tony

Capítulo 12. Náufragos.

Hicieron un pequeño inventario de lo que habían podido salvar del barco. El teléfono móvil que llevaba Lea no funcionaba, se había mojado, y probablemente tendrían que esperar a ver si, una vez seco, funcionaba.

Llevaban la mochila con el picnic y un cuchillo. También un par de linternas y una pistola de señales. Quizá fuera suficiente para que les rescatasen. Estaban a menos de una hora de la costa en barco y aunque era lunes, algún barco despistado se acercaba a la cala de las sirenas de vez en cuando.

La mala suerte era que el día había comenzado a nublarse y amenazaba con llover. Por si acaso, se metieron en la cueva, pues, aunque subiera la marea, no les alcanzaría. Allí fue cuando se besaron por primera vez.

Entraron hasta el fondo de la cueva. No habían podido ver el resto del pasillo y donde conducía. Así que como todavía eran las doce de la mañana, entraron iluminados por las dos linternas.

La cueva estaba seca, sin humedades y el suelo estaba liso, agradable de caminar incluso aunque fueran descalzos. Tras cinco minutos de caminar sin ver el fin del pasadizo, comenzaron a ver la luz. No parecía que nadie hubiese pasado por allí, no había restos ni basura como a la entrada de la cueva. Posiblemente nadie hubiese visto el pasillo todavía pues estaba bastante escondido.

La luz empezó a inundar el camino y apagaron las linternas. Tras un momento, llegaron a la entrada de lo que era el centro de la pequeña isla.

Apenas pudieron decir unas palabras al contemplar tal belleza. Un pequeño lago rodeado de frondosa vegetación, árboles frutales que crecían salvajemente, cargados de manzanas y otras frutas.

Lea y Tony se miraron asombrados, pues no esperaban ver el mismo jardín del edén escondido en la isla. Una pequeña cabaña semi derruida se escondía tras los árboles, y se acercaron a ella.

Los pájaros que vivían allí les saludaban alegremente, felices de tener nuevos visitantes. Llegaron a la casa que estaba construida toscamente, pero con un bonito jardín, o al menos debió de ser bonito, porque ahora crecía salvajemente. Rosas y margaritas se apiñaban en torno al camino. La puerta estaba abierta, y dentro había un hogar, y dos pequeños camastros. La mesa y dos sillas seguían esperando a sus habitantes.

Seguramente tenía más de cien años, por el aspecto de los útiles de cocina, e incluso había un cuadrito.

El techo tenía un agujero en uno de los lados, pero en la otra parte, en caso de que lloviera fuerte, podrían resguardarse.

Era un bello hogar, abandonado. Salieron a dar una vuelta por los alrededores, vieron alguna pala y rastrillo y un pequeño huerto, en la parte posterior, donde crecían calabazas enormes y tomates tirados por el suelo. Seguramente alguien los plantó hace mucho y las propias semillas habían ido cayendo al suelo y reproduciéndose.

Los árboles también tenían fruta fresca y el lago, que era de agua dulce y de suelo rocoso, mostraba aguas limpias y frescas.

Era como un verdadero paraíso. Y nadie sabía nada de ello.

Como era la hora de comer, decidieron tomar algo de lo que habían traído y también recoger algunos de los regalos que la isla les acababa de ofrecer.

Satisfechos y tumbados al sol, Lea se quedó dormida.

Capítulo 13: La Historia

Una preocupada joven mujer corría a través de la cueva, sin saber dónde iba a acabar. Cuando llegó al final, descubrió un hermoso y salvaje paisaje. Su corazón palpitaba tanto que parecía que se le iba a salir.

Pero poco a poco se fue calmando. Era como si el paisaje que la rodeaba le diera la bienvenida y la acogiera entre sus brazos. Quizá allí nadie la descubriría, quizá él jamás la encontrase.

Un pequeño latido se escuchó en su vientre. Finalmente, y tras los abusos del hijo del alcalde, había llegado el fruto y no del amor. Pero no importaba. Sería su hija y solamente suya. Y la criaría en ese paraíso donde el agua era cristalina, y dulce, y pequeños árboles le darían lo que necesitaba.

Tras ocho meses, la pequeña Elena nació. Sola, sin ayuda. Solo un viejo pescador que había recalado en la isla cuando ella paseaba por fuera, y que se había convertido en su protector, le traía alimentos y otras cosas que ella necesitaba. A cambio de unas preciosas aguamarinas azul oscuro que ella había encontrado en el lago.

Diez años pasaron en la isla madre e hija, alejadas del mundo. La madre, que era la protagonista de la leyenda de la sirena, decidió que debía darle a su hija una mejor educación. Con las aguamarinas que pudo conseguir, recogió una pequeña fortuna, que las hizo instalarse en la ciudad como una viuda acaudalada y su bella hija.

Así vivieron durante muchos años, hasta que, llegada su hora, la madre pidió a su hija y al marido de su hija que la llevaran a su isla. Se despidieron hasta siempre.

Ese fue el sueño... o la visión que tuvo Lea y comprendió muchas de las cosas que estaban sucediendo. De por qué había llegado el amuleto allí, de por qué había sentido lo que sintió en esa isla. Y cómo el amuleto la había protegido, pues era su antecesora la que le había protegido.

Despertó sobresaltada de su pequeña siesta.

Tony acarició su mejilla y comenzó a besar su hombro, su brazo, consiguiendo que ella se estremeciera. Subió hacia su rostro, atrapando sus labios. Lea le abrazó y él se recostó contra ella, abrazándola también apasionadamente.

Se besaron suavemente a veces, de forma fiera otras, hasta que finalmente, Lea se separó.

—Tenemos que pensar en marcharnos de la isla. Llamar para que nos rescaten. ¡Has perdido tu barco! —habló atropelladamente Lea.

—Seguro que alguien nos está buscando. Enséñame el móvil a ver si da señal.

Comprobaron que el móvil se encendía, aunque allí no había cobertura. Así que recogieron todo y despidiéndose hasta pronto de su pequeño paraíso, salieron por el pasadizo que los llevaba a la playa.

En la playa recobraron un pequeño momento la cobertura, y consiguieron llamar al hermano de Tony, para que los fuese a buscar.

—¿Sabes, Lea? —comenzó Tony mientras esperaban sentados en la orilla—, este sería un buen sitio para vivir, e incluso para que la gente viniera y viera el centro de la isla.

—No, no, Tony, no puedes llenar esta isla de gente, su encanto desaparecería. El interior de la isla no puede ser invadido por turistas. De hecho, creo que deberías poner una valla o una puerta para que nadie pudiese entrar.

—Es posible —dijo Tony—, me había dejado llevar por un momento por esa maravilla.

—Y ¿qué crees que le ha podido pasar al barco? ¿Por qué se ha hundido?

—No sé, pero me traeré mi equipo de buceo y lo averiguaré. Aparentemente no hubo nada. Pero es un barco resistente y no fácil de hundir. Tuvimos suerte que la corriente nos arrastrase a la isla. Tal vez no hubiésemos resistido en el mar tanto tiempo —terminó Tony mirando a Lea.

De ninguna manera quería pensar qué hubiese pasado si hubieran estado dormidos, o quizá más en alta mar, como en un principio habían pensado. Hubiesen muerto ahogados.

Tal vez era cierto que una maldición les acechaba, porque, aparentemente, el barco no tenía ningún daño, ni se habían chocado con nada.

Una lancha con su hermano y su amigo Josh apareció en el horizonte. Tony hizo señas y enseguida se acercaron a la cala. Era la única playa donde se podía desembarcar, pues el resto de la isla era rocosa y escarpada. Sin embargo, nadie hasta ahora había descubierto el pequeño tesoro que escondía en su interior.

Capítulo 14: *La unión hace la fuerza*

Lea fue a visitar a su abuela a la mañana siguiente. Todavía no había despertado pero sus constantes eran normales. Colocó el colgante de la cueva alrededor de su cuello y un leve movimiento de sus ojos le indicó que algo había cambiado.

Llegó su hermana Cristina con su pequeña Marina y su madre y su tía también. Estaban reunidas todas las mujeres de la casa. Y aprovechando que no había nadie, se tomaron de la mano e hicieron un rezo común. Junto al poderoso talismán de la cueva, elevaron sus cánticos hasta finalmente conseguir que la abuela comenzara a volver del lugar donde estaba.

A los diez minutos de repetir los cánticos, la abuela Leandra despertó.

—Estamos en un grave peligro —susurró con voz ronca.

Lea se apresuró a darle agua y llamaron a los doctores para que la reconocieran y que se fuera recuperando con la energía que había recibido de sus familiares.

Hasta la nena comenzó a gorjear alegremente.

Una vez que se retiraron los dos doctores y la enfermera que estaban de guardia, asombrados por la pronta recuperación de la mujer, comenzaron a hablar todas a la vez.

Lea les contó lo que les había pasado con el barco y lo de la isla secreta. La abuela sintió que la que llamaban sirena

fue su antepasada. Por eso el amuleto las protegía de alguna manera, pero no del todo.

La abuela comenzó a contarles.

—Sentí que un gran mal nos acechaba y viajé a hablar con mis Maestros. Me dijeron que tenía que hacer un gran sacrificio para salvaros, y estaba dispuesta a hacerlo, aunque supusiera pasar a otra vida... pero no fue necesario ese sacrificio, pero sí quedarme para evitar que os llegase, sobre todo a Cristina y a su pequeña. Estaba destinada a morir, si no lo hubiese impedido, y por un momento, la pequeña se reunió conmigo, pero la envié para aquí.

Cristina se estremeció, abrazando a su pequeña quien dormía plácidamente sin ser consciente de lo que su tías y abuelas estaban preparando.

—Una fuerza femenina con mucho poder nos acecha. Ha convocado a sus ancestros, uno de los cuales era un poderoso brujo.

—Lo sé, abuela, soñé con él y con la bruja que amaba y que quemó en la hoguera.

—Nuestras antepasadas siempre han sido castigadas por ser amadas por personajes malvados, y ahora te pasa a ti Lea, hija mía —dijo su madre acariciando la cabeza de Lea.

—Sí, la madre de Víctor se siente muy furiosa, lo he sentido, ahora que nos hemos focalizado en ella —dijo Cristina.

—¿Qué podemos hacer abuela? Porque no creo que Víctor sepa nada. Sé que estaba enfadado, pero no lo veo capaz. ¿Y si hablo con él? Quizá si le digo lo que está haciendo su madre, la detenga.

—No sé, Lea —dijo Cristina—, estaba muy enamorado de ti, hasta la obsesión, y creo que te ha visto con Tony. Por cierto, ¿qué tal con ese bombón?

Lea se sonrojó.

—Bien, bien, estamos bien, creo que está interesado en mí, pero bueno, ya se verá. No quiero hacerme ilusiones todavía. Nunca he sido muy afortunada con los hombres.

—Quizá podrías hablar con Víctor —dijo su madre—. Antes de pensar en hacer cualquier cosa, puede que él hable con su madre y dejen esto.

La abuela cabeceó. No lo veía claro, pero aceptó la propuesta.

Capítulo 15: la habitación del final

Víctor se dirigió enfadado hacia la habitación donde su madre cosía. Nunca entraba allí porque ni tenía tiempo, ni le interesaba lo que hacía su madre. Pero lo que le había dicho Lea le parecía absurdo y cruel. Su madre se había ido a comprar al mercado, y él aprovechó para entrar. Cuando vio el altar, junto con las velas negras y una foto de Lea, se quedó sorprendido y horrorizado.

No quería nada bueno para Lea, pero realmente tampoco quería que denunciasen a su madre como Lea había amenazado. O peor, le había dicho que contratarían con su propia magia si no cesaba.

Ahora que había comprobado que su madre era la que estaba provocando los supuestos accidentes que Lea le había relatado, se le había ocurrido una idea para intentar sacarle provecho.

Hizo una foto a la habitación con su móvil y se la envió a Lea. «Si dejas de ver a Tony, le diré a mi madre que retire todo y no dañe a tu familia», le envió en un mensaje. «Es un trato justo. Además, no puedes ir muy en serio con un tipo que no tiene ni futuro. Y que solo conoces desde hace un mes o menos...»

Lea aceptó el trato. Desde lo de la isla no había visto a Tony ni él la había llamado. Pasó unos días muy buenos con él. Pero su familia era lo primero.

Aunque se había portado muy bien... y cuando le llamó el día que nació Marina, fue sin dudarlo... y, aun así, no tenía importancia nada salvo su familia.

Aceptó sin dudar y Víctor se alegró porque sentía que había ganado la batalla.

Habló con su madre, y aún a regañadientes, tiró todas las velas y las oraciones a la basura, sin saber que, realmente, no había anulado del todo el ritual.

Capítulo 16: Desencuentro

Tony había ido a Madrid a validar los documentos de su abuelo. Y tan ocupado estaba que no había podido llamar a Lea. Pero estaba deseando contarle todos sus avances en el asunto de la propiedad de la isla.

Había conseguido que se la reconocieran como suya. Fue por una donación del conde de Valencia a su bisabuelo, y realmente nadie estaba interesado en un pequeño terreno de unos cinco kilómetros de diámetro, llena de rocas y sin ningún interés turístico. Claro que nadie sabía el pequeño paraíso que albergaba dentro. Y con posibilidad de encontrar alguna piedra preciosa en la laguna.

Tony pensó que por fin podría darle a su madre la vida que merecía, después de tanto trabajar. Y él podría seguir con Lea, construirse una casita y escaparse a su refugio en la isla. Quizá pudiera crear un centro de buceo, con pequeñas incursiones a personas muy elegidas a su pequeño paraíso.

Bien, la vida le sonreía. Y en cuanto a Lea, no sabía todavía qué sentía por ella, reconociendo su «tema», posiblemente estaba enamorado. Nunca lo había estado de verdad, a su edad, las mujeres iban y venían sin ningún compromiso.

Cuando volvió al pueblo de nuevo, llamó a Lea y le sorprendió su fría respuesta. Algo había pasado. Ella insistió que no podía verle, que tenía que cuidar a su abuela. Que le diera tiempo.

Sorprendido, pero aceptándolo y teniendo en cuenta que ahora tenía que viajar a ver a su madre para notificarle las

nuevas, no insistió mucho. Días les quedarían para disfrutar de su compañía.

Lea se sintió decepcionada. Ni siquiera había insistido. Aunque claro, solo habían salido varias veces. Sí, se habían acostado, pero, seguro que cuando llevaba a mujeres extranjeras en su barco de excursión, alguna caería en sus redes.

La pequeña Marina seguía creciendo y su hermana recuperándose. La abuela y sus padres se habían ido unos días a casa de su tía, a la capital, para descansar y también alejarse un poco... todo había pasado y estaba solucionado, al parecer.

La vida seguía con normalidad. Lea estaba todos los días en la tienda y gracias al amuleto, no estaba agobiada. Se estaba recuperando poco a poco. Y sin saber nada de Tony...

Capítulo 17: Un Viaje al Interior

Tras dos semanas sin saber nada del rudo marinero, Lea se sentía desilusionada. Su abuela se estaba recuperando muy bien y tanto ella como su hermana, no tenían ningún tipo de señal de que algo fuera mal.

Así que como Cris se iba incorporando a la tienda junto con su madre, decidió tomarse unas vacaciones. Si todavía hubiera estado relacionada con Tony, unos días en la cala de las sirenas hubiera sido ideal. Pero no era así.

Había un lugar idílico al que quería ir; hace tiempo que estaba deseando visitar el Parque de Ordesa. Los bosques siempre le habían llamado mucho la atención, desde que era pequeña.

Su abuela le decía que era una ninfa del bosque, que alguna antecesora seguro que lo sería. Era donde ella se sentía libre. Cuando se adentraron en el interior de la isla, con su pequeño bosquecito y sus matorros salvajes, le pareció que era su lugar... y, sin embargo, ¡cuánto se había equivocado!

Así que se lo comunicó a la familia. Se iría unos días sola, en coche. Eran varias horas de viaje, pero siempre le había gustado conducir. Además, pasaría por Zaragoza, donde estaba Marga estudiando. Quizá pasase un día allí. Le encantaba su casco viejo, y había muchos lugares interesantes que visitar.

No les dijo nada hasta justo el día de antes. Reservó una habitación en una casa rural al pie de Monte Perdido para tres días. Necesitaba recapacitar. Qué hacer con su vida,

sobre todo sentimental. De pronto, estar viviendo en el pueblo no le parecía tan buena idea. No si él estaba allí. Tal vez se trasladara a vivir a Valencia, o a Zaragoza. Marga la acogería con mucho cariño.

Y aunque echaría de menos a su familia, necesitaba un espacio. Se hizo ilusiones con un hombre que ni siquiera la había llamado. Y su familia estaba bien. De repente, se sintió muy sola.

La tarde antes de irse estaba limpiando el polvo de las estanterías, eran cerca de las ocho y estaba a punto de cerrar. Su mirada vagaba por las figuras de las hadas y duendes de la estantería. Se sentía cómoda allí. Estos días tomaría la decisión. Por la tarde se había despedido de todos pues saldría de madrugada, sobre las cinco de la mañana, para que así, al mediodía estar en Zaragoza, donde Marga la esperaba a comer.

Un escalofrío recorrió su espalda. Ya comenzaba a refrescar a esas horas, aunque estaban todavía en octubre, y cerca de la costa, el clima era mucho más suave. Se recogió el abundante cabello con una pinza y tomando el bolso y la chaqueta, se dispuso a cerrar.

La pesada persiana se estaba resistiendo. No bajaba con facilidad, pero hoy, estaba especialmente rebelde.

—¿Te ayudo? —le dijo una voz conocida

Ella sonrió y se volvió hacia la persiana. Y de repente, todo se volvió negro.

Capítulo 18. El viaje inesperado

Se despertó acunada por el suave ronroneo de su coche. Tenía un fuerte dolor en la nuca. Seguramente fue ahí donde le golpeó. Si no hubiese llevado el pelo recogido, como de costumbre, tal vez su melena hubiese amortiguado algo... Le dolía mucho la cabeza y eso la estaba poniendo de muy mal humor.

Se intentó mover, pero se dio cuenta de que estaba atada. Las manos las tenía atadas por delante con su propio pañuelo. Y los pies, con un cinturón. Antes de dejar ver que estaba despierta, evaluó la situación.

El conductor del coche tarareaba la música que estaban poniendo en la radio. Era de una emisora de los ochenta, una canción de Duncan Dhu. De su grupo favorito, y al que ella ya había cogido manía por tantas veces que lo había escuchado cuando él fue a vivir a su casa.

Una maleta marrón estaba en el asiento del copiloto, junto a su maleta morada. Había ido a su casa, había cogido su equipaje, y a ella. Y ahora... ¿dónde iban?

El coche iba a mucha velocidad y sería estúpido por su parte hacerle cualquier cosa, porque el accidente sería seguro. Además, ella no llevaba cinturón por lo que la más perjudicada sería ella. Con su abuela no podía ponerse en contacto todavía. Su dolor inmenso de cabeza se lo impedía. Sentía un sabor metálico en la boca, por lo que su debilidad seguramente se había acentuado por el uso de alguna droga.

Lo mejor sería hablar, intentar razonar.

Parecía que con lo de su madre, Víctor ya había desistido de su relación con Lea. Se sintió en parte avergonzado. Y en parte satisfecho. La había chantajeado con dejar a Tony y ella había cumplido. De hecho, Tony había desaparecido del mapa.

Secuestrándola no iba a lograr nada bueno, estaba claro. Ella jamás accedería tras coacción. Así que lo primero que tenía que saber es qué es lo que pretendía.

Con la mente un poco más clara, ella gimió como si se hubiese acabado de despertar. Él se giró levemente.

—¿Qué tal estás, querida? —comenzó—, siento haberte tenido que anestesiar, pero era necesario. Estamos ya muy cerca de Zaragoza y luego nos iremos a ese refugio que has reservado.

—Pero... Víctor... ¿qué pretendes? No puedes secuestrarme, así como así —dijo calmadamente Lea

—No te estoy secuestrando, amor. Nos vamos de viaje, una escapada romántica. Es justo lo que necesitábamos para retomar nuestra relación.

—No hay relación que valga, Víctor. Terminamos.

—¡No! —gritó dando un volantazo—. Nuestra relación no ha acabado. Solo acabará cuando yo lo diga.

En unos minutos se acercó a la derecha de la autovía, en un descanso de la carretera y se metió.

Tomando su maletín sacó una jeringuilla y se la puso a Lea, que ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar.

El móvil de Lea sonaba silenciosamente en su bolso, pero nadie lo pudo coger. Lea había vuelto a quedarse dormida, y esta vez posiblemente para un buen rato.

Capítulo 19: La Cabaña

Escuchaba el sonido de los pájaros en el bosque. Le daban la bienvenida, pensó. Siguió escuchando un poco más allá. El viento traía un leve sonido de aguas bravas a lo lejos. Estaba echada en la cama del *bungalow* que había alquilado, una preciosa habitación forrada de madera clara, con una mesa con televisión enfrente de la cama. La ventana estaba abierta y varios árboles cercanos daban sombra en la casa. De ahí es donde estaba escuchando los pájaros.

Hubiera sido un paraíso, un bonito lugar de vacaciones, sino hubiera sido porque había sido secuestrada y ahora mismo, aunque no estaba ya atada, se sentía sin apenas fuerzas para levantarse.

Debían de ser aproximadamente las cinco porque el cálido día se estaba convirtiendo en una fresca tarde, y aunque atardecía a las seis y media, el cielo se estaba tiñendo de rosa y gris.

Se intentó incorporar, pero su mareo era muy fuerte. El tipo le había dado una buena dosis. No parecía estar por ahí. ¿Se habría arrepentido y se habría ido?

Un coche aparcó en la puerta. Su coche. Es decir, ahí estaba.

La puerta del coche se cerró y pronto se escuchó el cerrojo de la casita de madera. Víctor entró cargado de bolsas con comida y bebida al parecer.

Iba en serio. Creía que ella iba a estar con él sin protestar y sin huir...

—Hola amor —comenzó Víctor—, ya veo que he calculado bien la dosis de anestésico. ¿Te acabas de despertar,

¿verdad? He ido al pueblo a comprar comida. Así no tendremos que salir de esta adorable casita en estos días.

Lea miró a Víctor tan asombrada que se quedó sin palabras. Necesitaba pensar. Saber cómo se había enterado, pues ella no se lo había dicho a nadie.

Pero su mente estaba nublada y le resultaba francamente doloroso acordarse ni de cómo se llamaba.

Víctor le acercó amablemente un botellín de agua a la boca.

—Bebe despacio, y descansa, que voy a preparar la comida. Estarás hambrienta —le sonrió como si no hubiera pasado nada. Como si él no la hubiese secuestrado.

Lea agradeció el agua. Tenía la boca seca, y sorprendentemente, comenzaba a tener hambre. Ahora no sería momento de huir, pensó. Primero tenía que recobrar fuerzas, abrigarse y coger el móvil. Mejor le seguiría la corriente, a ver si quizá, por las buenas, se hacía con él.

El móvil estaba encima de la mesa. Y Víctor estaba en la cocina preparando algo de comer. Lea lo tomó rápidamente, ahí estaba, pero sin batería. Así que no le serviría para nada.

Se sentó en la cama, desesperada. Los pájaros habían disminuido su trino tal y como avanzaba la tarde. Miró por la ventana. Nada. Ella cuando reservó se había asegurado de que estuviera bien aislado. No había nadie en un kilómetro o más a la redonda.

Se acercó a la cocina, arrastrando los pies. Cuanta más debilidad mostrase, mejor, más se confiaría él. Y, de todas formas, se encontraba débil de verdad.

Víctor cantaba alegremente en la cocina, mientras preparaba una ensalada de pasta.

Abrió una botella de sidra que tanto le gustaba. Y que ella odiaba. Ese era siempre un punto de discusión con él.

Siempre compraba sidra. Ella prefería una buena copa de vino tinto. O incluso de blanco. Pero no sidra.

Se sentó en la rústica silla de la cocina, mientras él la miraba de reojo.

—Ah, por cierto, no te preocupes por Marga y por tu familia. Les he enviado un mensaje de tu parte, diciendo que estás bien, que has llegado y que vas a apagar el móvil para descansar —sonrió inocentemente Víctor—, así no nos molestarán esas brujas de familia que tienes. Son una mala influencia para ti. Igual que mi madre para mí. Sabes —continuó Víctor—, mi madre se portó muy mal con vosotras, contigo sobre todo y bueno, bien que lo ha pagado. Ha viajado con nosotros, cómodamente. Y ahora está disfrutando del bosque.

Lea no entendía nada. En el coche no estaba. Él condujo. Ella estaba en el asiento de atrás y las maletas, delante... Oh, no... se dio cuenta. ¡¡El maletero!!

No podía ser... ¿Qué había hecho? ¿Se había vuelto loco?

Lea le miró con ojos de terror, mientras Víctor le ofrecía un vaso de sidra.

—Tranquila, cariño, mi madre no te molestará más. La he enterrado en este maravilloso bosque, para que disfrute de la naturaleza —sonrió Víctor.

—¿Qué has hecho? ¿La has asesinado? —gritó Lea apartándose de él.

—No sufrió. Era mi madre, no le iba a hacer sufrir. Primero la dormí y después la maté, ya sabes, un poco de aire en una jeringuilla. Estoy seguro de que ni se enteró. Y ahora estará con nosotros. Nos quedaremos aquí un par de meses, hasta que razones.

—No puede ser —negó Lea mientras se llevaba las manos a la cabeza

—Sí. Es y será. Hace una semana, cuando me enteré de que te ibas, solicité un mes de vacaciones, y luego les enviaré una carta con una solicitud de excedencia. Y nos quedaremos aquí. Haremos crecer nuestro amor y también haremos crecer mi semilla en ti.

Lea se mareó. Había algo que no cuadraba. Víctor no era así. ¿Estaba drogado? O quizá fuera otra cosa... tenía que averiguarlo. De momento, aunque estaba horrorizada por el asesinato de su madre, decidió que iba a comer, a beber agua, y a recobrar las fuerzas que le hacían falta para hacer frente a esta locura.

Comieron en silencio. Víctor sonriendo eufórico. Lea preocupada.

La comida estaba buena, y como el efecto de la anestesia comenzaba a desaparecer, Lea estaba hambrienta. Devoró la ensalada de pasta con un buen pedazo de pan, y aunque no tomó sidra, bebió abundante agua.

Víctor la acompañó después de comer al saloncito, donde había un cómodo sofá. Incluso le puso la televisión por cable mientras él recogía la comida. Ella pensó en huir, pero quería saber algo más. Y ahora la perspectiva había cambiado. Ahora estaba con un asesino.

Capítulo 20. La Búsqueda

Tony llamó por quinta vez a Lea a su móvil. Se pasó por su casa y por la tienda. Nada.

Habló con Cristina. La hermana de Lea estaba atendiendo la tienda junto con su madre, que la ayudaba a cuidar a la nena también.

Ellas no querían decirle donde estaba Lea, pues específicamente había pedido que no se lo dijeran a él. Sin embargo, Cris estaba inquieta, pues tenía un leve presentimiento. La abuela estaba vez no había sentido nada especial y por eso Cris dudaba.

—Mira, Lea necesita descansar. Han sido muchas emociones y me dijo que quería estar unos días aislada para pensar qué hacer con su vida. Incluso creo que está buscando trabajo en Zaragoza. Mejor es que la dejes tranquila.

—Pero es que yo no quiero dejarla tranquila. Quiero estar con ella, Cristina. La amo —dijo Tony reconociéndolo en voz alta incluso para sí mismo.

—¿Por qué no la llamaste? Ella estaba muy dolida —le reprochó Cristina.

—Tuve que hablar con abogados y con el ministerio de fomento, por el tema de la isla. Estuve muy ocupado. Y después, marché a hablar con mi madre, a darle las buenas noticias. La propiedad de la isla nos abre muchas posibilidades —dijo ilusionado Tony—, podré crear mi centro de buceo, quizá un pequeño sitio exclusivo de descanso. Ya he estado hablando con un promotor

inmobiliario, y estamos llegando a un acuerdo. Lo siento si ella no ha tenido la paciencia de esperarme...

—No es eso, Tony. Tú sabes lo mal que lo hemos pasado. Y te acostaste con ella. Lo menos que podías haber hecho es llamarla. Cinco minutos de tu vida —le reprochó Cris

—No pensé... quería darle una sorpresa —se lamentó Tony.

—En fin, ahora no hay nada que hacer. Se ha ido al pirineo a descansar. Y es mejor que sea así. Que descanse.

—La he llamado a su móvil y me sale como si lo tuviese apagado.

—Sí —dijo Cris—, a mí también, pero quizá es porque realmente necesita desconectar. E incluso puede ser que no tenga cobertura. Allí en el Parque de Ordesa, puede ser —dando por terminada la conversación, se giró hacia la trastienda.

Cris no sabía por qué le había revelado donde estaba, pero sentía que debía ser así.

Tony comprendió y se marchó rápidamente.

Fue a la única agencia de viajes del pueblo y habló con Patricia, la empleada. Le dijo que si, que, aunque Lea había reservado por Internet finalmente, le habló de unos *bungalows* de Monte Perdido, en Torla. Curiosamente, le dijo, el doctor Víctor Martínez le había preguntado lo mismo, que donde se iba Lea.

Así que rápidamente hizo una pequeña maleta con ropa de abrigo, echó gasolina al coche y se fue hacia la autopista.

Llegaría seguramente sobre las diez de la noche, y después tendría que saber en qué *bungalow* estaba Lea. ¿Y Víctor? ¿Para qué había preguntado?

Llamó a Cris y le dijo lo de Víctor. Que intentase averiguar si estaba trabajando o si estaba en su casa, y que se lo comentase. Ambos comenzaban a estar preocupados.

El coche parecía que iba despacio aún con la velocidad que le estaba imprimiendo Tony. Cristina había hecho un ritual para que el viaje fuera perfecto, que no tuviera ningún percance. Y ellas se afanaban en intentar encontrar a Lea.

Porque su ex, junto con su madre, habían desaparecido. Y en el hospital les habían dicho que se había tomado un mes de vacaciones. Lo que sonaba muy mal.

Temían que la bruja de su madre hubiera vuelto a las andadas con los hechizos de magia negra.

Tony llegó cerca de las diez a Torla. Era imposible encontrarla. Suponía que estaría bien, porque si quisieran haberle hecho algo, no haría falta haberse ido tan lejos.

Tomó una habitación en el albergue de la ciudad y llamó a Cristina.

El teléfono de Lea seguía sin dar señal

—Cristina, ¿sabes algo de Víctor? —preguntó preocupado Tony

—Nada. Pero esta noche vamos a hacer una invocación e intentaremos averiguar si está en peligro. Lo extraño es que ni a la abuela ni a mi nos llega nada... —contestó pensativa Cris.

—Eso es bueno, ¿no? —dijo Tony

—No realmente. Solemos sentirnos, como sea, y como estemos. Pero es como si no estuviese... me pregunto por qué.

Colgaron y Tony no quería ni pensar en por qué no la sentían. Seguramente eran tonterías. Y Lea estaría sentada tranquilamente delante de una chimenea, leyendo. Y se habrían alarmado innecesariamente. Decidió bajar y dar una

vuelta por el pueblo. Solo había un bar abierto y entró para comer algo.

Había pocas personas en el bar. La camarera, y seguramente dueña, una mujer de unos sesenta años, limpiaba animadamente las vitrinas de la barra, mientras escuchaba una canción en la radio. Había dos hombres mayores tomando café y un joven con barba leyendo mientras comía un bocadillo.

Tony le preguntó a la señora si podía hacerle aunque fuera un bocadillo, y ella accedió amablemente.

Desapareció en la cocina después de ponerle una cerveza y mientras, Tony se fue a sentar a una mesa, saludando a los demás clientes. El hombre barbudo era francés por lo visto, y los dos señores eran del pueblo, uno de ellos, al parecer, esposo de la camarera.

Quizá pudiera intentar preguntar... no perdía nada.

—Disculpen, señores —comenzó Tony educadamente—. No habrán visto por aquí una joven con el pelo castaño y rizado. Es una amiga que me dijo que iba a pasar unos días por aquí y no la localizo. Su móvil parece desconectado.

—No, señor, no hemos visto ninguna joven como usted dice. Hoy han llegado varios excursionistas de fin de semana. Aquí el francés, un par de jóvenes y una familia con niños.

—¿Quizá ha venido con su familia?, ¿han visto una señora morena con el pelo corto y los ojos azules? Su hijo es rubio con los ojos azules.

—No, señor. Pero hoy no hemos estado en el pueblo mucho tiempo. Teníamos trabajo con las vacas. Tal vez mi mujer sepa algo.

La señora salía con un estupendo bocadillo de tortilla de patata y rodajas de tomate en un plato. Olía de maravilla y

Tony se dio cuenta de que estaba hambriento. Le hizo la pregunta a la señora.

Al parecer sí había visto dos hombres jóvenes rubios. No se había fijado en el color de los ojos. Uno de ellos estaba en el *bungalow* de la Encina, hacia el norte. Y el otro, en el *bungalow* del Castaño, un poco más al oeste. Ambos estaban aislados y a unos dos kilómetros de aquí. Pero no le aconsejó salir a estas horas, pues se perdería. Mañana le proporcionaría un plano.

Tony asintió. Era tarde. Seguramente Lea estuviese dormida. Y no quería asustarla.

En cuanto a Víctor, igual estaban equivocados y el presentimiento de las brujas no era correcto...

Capítulo 21: La invocación

El esposo de Cris se quedó a Marina en casa. Y Cristina se dirigió a casa de su abuela. Su madre y su tía ya estaban allí. Iban a hacer una invocación a sus ancestros, a sus antepasadas que siempre les habían ayudado, simplemente para comprobar que Lea estaba bien. Que esa sensación de pérdida era incierta...

La abuela ya había preparado el círculo con el pentagrama en el centro, y el altar con su ofrenda a la Diosa. Todas vestían de blanco, como era la costumbre en la familia. Sin hablar una sola palabra, se sentaron dentro de la zona del círculo, y la abuela, con su escoba, lo cerró.

Hicieron los rituales de petición de ayuda a los dioses de la tierra, a los cuatro puntos cardinales, y después se sentaron en círculo, con el pequeño altar en el centro. Se dieron de la mano y comenzaron su oración de invocación a sus ancestros femeninos.

Una suave nebulosa blanca comenzó a salir de la vela blanca que estaba encendida en el centro del altar. Cris, que era la más dotada de las cuatro, junto con su abuela, comenzó a ver dos siluetas que se iban formando en el centro del círculo.

La primera silueta era la bruja que había sido quemada, y que se parecía mucho a Lea. Y la otra silueta era su hija, a la que llamaron la sirena, y que había huido de su malvado amante a la isla. Así se lo contaron a Cris. Y además le dijeron que Lea estaba en un grave peligro.

—Solo mi esposo la salvará —dijo Ariel, la más anciana de las almas—. Debéis guiarle, pues le queda poco tiempo. Recordad, solo mi esposo la salvará....

Cris ya no aguantó tanto dolor de las almas, ni tanta preocupación por Lea, y se desvaneció. La abuela también estaba algo aturdida pues la invocación había sido muy potente. Prácticamente habían traído ambas almas a este plano y eso les había llevado mucha energía propia.

Poco a poco, las almas se fueron desvaneciendo y ellas comenzaron a recobrar el sentido. La madre y la tía de Cris estaban intentando reanimarlas, sin saber muy bien qué les habían dicho, pues, aunque las habían visto ligeramente, no habían escuchado nada.

La abuela se levantó. Disolvió el círculo y fue a por algo reconstituyente.

Cris comenzaba a despertar.

Pusieron en común lo que habían escuchado de sus antecesoras. Pero no entendían nada. «solo mi esposo la salvará» repetían ambas.

Tras echarse en el sofá y cerrar los ojos, mientras las demás tomaban un chocolate con ron, el reconstituyente favorito de la abuela, a Cris le vino a la mente la imagen del alma anciana junto a un hombre que se parecía físicamente a Tony.

Se levantó tan rápido que casi se cae...

—¡¡¡Es Tony!!! —exclamó entusiasmada—, el esposo de Ariel fue Tony. Y ahora, en esta vida, se han vuelto a encontrar.

Se sentó junto a su familia. Envío a Tony un mensaje al móvil pues no lo cogía. Y tomando un sorbo de chocolate, pensó: «solo espero que la encuentre a tiempo de lo que sea».

Capítulo 22: Una familia feliz

—¿Te das cuenta, Lea, de lo felices que somos? —comentó Víctor—, aquí, viendo una película, en el sofá, acurrucados delante de la chimenea....

Lea se encogió. Sí, estaban viendo una película y estaban delante de la chimenea, pero de ahí a estar felices y acurrucados distaba mucho. Ella estaba tensa y aunque él la había obligado a sentarse juntos, no estaba cómoda.

—Seremos una familia feliz, ya verás —insistió él—. Ahora, sin mi madre, podré hacer lo que quiera. Si quieres, pediré el traslado a Valencia y nos casaremos allí. Pondremos una consulta y atenderemos a nuestros pacientes. Incluso, si quieres, podrás darles hierbas, y esas cosas que haces tú —terminó condescendiente

Lea no dijo nada. Estaba esperando que se durmiese. Había recuperado las fuerzas y se encontraba mucho mejor, aunque simulaba estar más débil de lo que realmente estaba.

Víctor sacó un chocolate caliente. Sabía que a Lea le encantaba.

Ambos tomaron las tazas mientras terminaban la película. Lea pensó que le daría una fuerza extra. El chocolate a la taza siempre lo hacía. Claro que, no contaba que su chocolate llevaría tres pastillas para dormir disueltas.

Capítulo 23: Una pista inesperada

Tony se levantó al alba. No había podido pegar ojo, pero se obligó a descansar. Poco ganaría si se perdía por el monte. Pero ahora, con la luz, era diferente. Luisa, la dueña del bar, le dio antes de irse dos mapas de cómo llegar a los dos *bungalows*. El caso era que... estaban en direcciones opuestas, y no sabía a cuál de los dos ir primero. Y eso podía ser crucial.

Se acercó a la máquina de café todavía pensando a cuál de las dos ir. La mañana era muy fresca pero no corría un soplo de aire. Se abrigó y salió hacia el coche, todavía con el café en la mano. Podía llegar a ambos *bungalows* por pistas forestales, pero aptas para coches.

Solo que no sabía cuál de ellos escoger. Su indecisión le estaba carcomiendo por dentro. Se tardaba una hora en llegar a cada uno, y no quería que pasase más tiempo. Estaba realmente inquieto.

Puso los dos mapas encima del coche y suspiró.

De repente, una suave fragancia a aftershave llenó sus papilas olfativas. Y uno de los mapas se fue, volando, hacia el suelo. Solo uno de ellos, el otro se quedó encima del coche.

Tony estaba alucinado por ello, y, sobre todo, por el olor tan específico. Le recordaba a su abuelo. En una ocasión Lea le dijo que su abuelo velaba por él... tal vez fuera cierto. Tal vez esto significara que todo era realmente cierto.

Miró a su alrededor y no vio nada. Pero tomando los dos planos, subió al coche, seguro de dónde dirigirse.

Lea se despertó atontada y débil de nuevo. ¡La había drogado!

Seguramente fue para que ella no huyese durante la noche. Víctor había encendido ya la chimenea y un delicioso olor a café inundaba la pequeña casita.

Lea gimió por su dolor de cabeza. Una voz dentro de ella le dijo: « Él viene. Él viene por ti. Tranquila».

Supo que Tony, de alguna manera, vendría. Y unas lágrimas se deslizaron. A pesar de todo, el vendría. El estaría con ella... pero... Víctor era muy peligroso. Estaba completamente ido.

Tendría que distraerle.

Sin embargo, su debilidad era grande, no solo física, sino mental. Las drogas que le había dado le impedían conectar. Vio su colgante colgado en un clavo cerca del techo. Se incorporó para intentar alcanzarlo sin éxito.

En ese momento Víctor entró.

—¿Estás buscando tu colgante mágico? ¿Para qué? —preguntó incisivo

—Es un colgante que encontré en la playa, y no creo que tenga nada de mágico. Simplemente me recuerda a mi madre —contestó inocentemente Lea

Él la miro de forma sospechosa, pero al observar el colgante de cerca y ver que era una tosca piedra con un cordón de tela, se lo dio. Ella lo tomó sin parecer muy ansiosa y se lo puso. Al instante sintió una fuerte oleada de energía que disimuló totalmente.

De hecho, se volvió a echar en la cama, simulando agotamiento.

Su cabeza comenzaba a responder, su mente a buscar el contacto con su abuela o con su hermana. Estaban muy lejos, pero la mente es infinita y según se fuera recuperando, estaba segura de que llegarían a conectar.

Víctor salió de la casa. En su locura, iba a poner flores a la tumba de su madre. Cerró con llave y como las ventanas tenían rejas, era bastante complicado salir. Aun así, nada más que se fue, Lea se levantó y probó las puertas de la casa. Nada, todas estaban cerradas. Buscó en todos los cajones por si había alguna llave de repuesto. Como no encontró nada, decidió esconder un cuchillo debajo de su almohada, por si acaso.

Desesperada por salir, se asomó a la ventana por si alguien pasaba. Un deseo remoto, pues estaban bien aislados.

Al poco, escuchó un coche que tomaba el camino de entrada. Era un coche negro... se parecía.... ¡No podía ser!!!
¡¡Era Tony!

¡La había encontrado!

Tony salió del coche. Estaba tan atractivo como siempre, con sus pantalones vaqueros grises y su camiseta, y la cazadora de cuero que le hacía parecer un chico peligroso. Se acercó despacio hacia la casa, mirando alrededor.

Ella gritó:

—Tony, ¡aquí! ¡estoy encerrada!

Tony se acercó rápidamente a la puerta, para intentar abrirla. Sin éxito, pues era una fuerte puerta de madera maciza, especial para aguantar cualquier inclemencia, incluso la furia del huracán Tony.

Revisó las ventanas mientras Lea iba a buscar algún clavo o algo para forzar la puerta. Mientras buscaba por los cajones de la cocina, Lea escuchó un golpe y como algo caía al suelo.

Fue rápidamente hacia la ventana y vio a Víctor mirando hacia el suelo. Había tomado por sorpresa a Tony y le había

golpeado con una piedra. Lea se asomó. Tony sangraba abundantemente por la cabeza.

—¿Qué has hecho! ¡Está herido! —gritó desesperada Lea—. Por favor, atiéndelo, no haré nada, me quedaré aquí

—Demasiado tarde, querida —sonrió cínicamente Víctor—. Ahora él se reunirá con mi madre.

Y a pesar de los gritos de Lea, y de que era menos corpulento que Tony, se lo cargó al hombro y lo metió en el capó del coche.

Lea no paraba de gritar, mientras veía como Víctor desaparecía con el coche de Tony por entre los árboles.

Tardó mucho tiempo en volver, ya que volvió andando.

—¿Qué has hecho con él? ¿Dónde está? —sollozó Lea

—Bueno, es un problema menos. Mi madre desapareció y ahora tu novio también. Solo quedamos tú y yo.

Víctor comenzó a caminar hacia ella, empujándola hacia el dormitorio. Las intenciones eran muy oscuras. La empujó contra la cama y comenzó a quitarse la cazadora y la camisa. Estaba sudando y excitado.

Ella metió las manos debajo de la almohada y sacó rápidamente el cuchillo. Le cogió desprevenido y le hirió en el costado, lo que le sorprendió, y aprovechó para empujarlo contra la pared donde se dio un fuerte golpe, quedando inconsciente. Ella tomó su cazadora y salió corriendo hacia el lugar por donde se había ido con el coche.

Corrió y corrió, siguiendo las huellas en el camino. Se estaba congelando de frío, pero siguió corriendo. Al final del camino vio un montón de ramas que parecían tapar algo grande. Al quitar las ramas descubrió que era el coche de Tony. Rápidamente comenzó a quitar el resto, arañándose la piel, y llegó al capó de coche. Pudo abrirlo y ahí estaba Tony. Le tomó el pulso y ¡sí!, ¡estaba vivo! Muy malherido pero

vivo. Tomó unas servilletas de papel que tenía Tony en el coche, ya que no tenía nada más para limpiarle la cara de sangre.

Él gimió.

—¿Lea?

—Tenemos que irnos rápidamente de aquí.

Sacando fuerzas de donde no las tenía, ayudó a Tony a incorporarse en el capó y a intentar salir. Su cazadora y la camiseta estaban llenas de sangre. Y en la cabeza llevaba una buena brecha.

Se había llevado las llaves del coche, pero no el móvil de Tony. Rápidamente llamaron a la Guardia Civil para que fueran lo antes posible. Y Lea sintió que tenía que volver a cubrir el coche. Así que, dejando a Tony sentado en un tocón de un árbol, comenzó a esconderlo.

Entonces, se dirigió a él y ayudándole a incorporarse, comenzaron a caminar hacia el sentido opuesto de la cabaña, alejándose lo más posible del asesino.

Lea no sabía hacia dónde ir, cuando el colgante comenzó a vibrar. Y a lo lejos, hacia la derecha, una pequeña luz parpadeó levemente, lo suficiente para que Lea la viera y tomara ese camino.

Tony se dejaba llevar pues todavía tenía una grave conmoción, aunque afortunadamente, podía andar. Si no, Lea jamás hubiera podido arrastrar un hombre de unos noventa kilos.

Escucharon a lo lejos gritar a Víctor, llamándola e insultándola. Amenazando con matarlos. Lea se estremeció. Llevaban poca ventaja y además Tony se encontraba muy mal. La lucecita comenzó a parpadear tras unas hierbas, y Lea, dejando apoyando a Tony en un árbol, se acercó. Era una pequeña cueva, escondida entre la maraña.

Sintió que los pequeños seres de la naturaleza les estaban ayudando. Lea ayudó a Tony a entrar en la cueva y volvió a poner las hojas y las ramas tal y como estaban. La cueva era una pequeña madriguera de escasamente un metro de altura y otro de fondo, pero estaba seca y les daba calor. Se apretaron y Lea aprovechó para romper parte de su camisa y hacer una especie de venda con la que rodear la cabeza de Tony, para intentar contener la hemorragia.

Se quedaron quietos, mientras escuchaban a Víctor gritar, y llorar, hasta que, finalmente pasó de largo.

Tony había perdido el conocimiento y comenzaba a quedarse frío. Si no encontraba pronto ayuda, moriría.

El móvil no tenía ya cobertura en la profundidad del bosque. Así que se decidió a salir y buscar ayuda como fuera. Tendría que dejarlo allí. Se quitó la cazadora y le tapó. Ella solo llevaba una camisa medio rasgada, pero no importaba.

Movió a Tony un poco, para decirle que iba a buscar ayuda. Él asintió casi con los ojos en blanco.

—Por favor amor mío, mantente despierto, por nosotros —le dijo Lea acariciando su rostro lleno de sangre y tierra.

Y salió. Recuperó la cobertura y consiguió contactar con la guardia civil. Eran las tres de la tarde y no le quedaba mucho tiempo para que comenzase a hacerse de noche. Y, por si fuera poco, densos nubarrones se amontonaban tras el bosque, creando una oscura cortina de lluvia que amenazaba con alcanzarlos.

La joven deshizo el camino, era más práctico acercarse hacia el *bungalow* y quizá coger el coche de Víctor. Además, la guardia civil se acercaría por allí seguramente.

Caminó durante unos quince minutos con mucha cautela, pero muy deprisa. Escuchando a su alrededor. Un trueno la sorprendió y dio un pequeño grito.

Cada vez estaba más cerca de la cabaña, cuando Víctor salió a su encuentro.

—¡No! ¡Déjame! —gritó Lea retrocediendo y buscando desesperada algo con que defenderse

—¡Eres mía, siempre has sido mía! Y lo serás... ¡o mía o de nadie! —gritó Víctor con ojos de loco. Llevaba un cuchillo grande en la mano y parecía dispuesto a usarlo.

Se acercó hacia ella y empujándola hacia el suelo, levantó la mano para darle el último golpe mortal.

Lea vio cómo parte de sus vidas pasaban en dos segundos. Y como, de nuevo, no iba a estar con el amor de su vida. Rezó a sus antepasadas para que lo protegieran y se dispuso a morir.

Un tiro sonó en el silencio de la tarde. Y Víctor cayó inerte, a su lado.

Los dos guardias civiles se acercaron corriendo hacia ella, a comprobar si estaba bien.

Ella gritó: « Tony, Tony, está herido». Y sacando fuerzas de donde no las tenía, llevó a los dos guardias hacia la cueva donde estaba Tony, inconsciente y ensangrentado.

Capítulo 24: Vuelta a casa

Los acontecimientos se desarrollaron como en un sueño para Lea. Un helicóptero trasladó al hospital de Huesca a Tony y a ella la llevaron en el coche, le tomaron declaración, y según le dijeron posteriormente, encontraron el cadáver de su madre, a la que Víctor había enterrado viva, sin saberlo y pensando que estaba muerta. Y se había ahogado en la misma tierra. Una terrible muerte.

Con ella había desaparecido también el espíritu del hechicero que la poseía, al no tener a nadie cerca, se había consumido junto con su vida.

Víctor estaba muerto. La guardia que le disparó tenía muy buena puntería y, además de evitar que asesinase a Lea, hizo desaparecer de este mundo a un peligroso asesino, como se había demostrado.

Y Tony.... Todavía estaba inconsciente en el hospital. Le habían hecho varias transfusiones. Y limpiado y cosido la herida, que había sido muy profunda. De hecho, los médicos no se explicaban cómo había aguantado tanto...

Lea estaba bien, algo cansada, pero había repuesto su energía y solo tenía una torcedura de tobillo. No se había separado de su cama en todo el día.

Le habían traído su maleta de la cabaña y su móvil y había podido hablar con su abuela y con el resto de la familia. Querían ir, pero ella les aseguró que estaba bien, y que se quedaría allí hasta que se despertase Tony.

Capítulo 25: El final

Amanecía. Los rayos del sol se filtraban entre las persianas de la habitación. Abrió los ojos y vio a Lea encogida, dormida en el sillón. Una silueta se acercó a su cama.

—Bienvenido a la vida Toñín .

Era así como le llamaba su abuelo. Estaba allí, con él.

El abuelo le sonrió. Y le pasó su invisible mano por la cara, acariciándole sin tocarle.

—Cúdala mucho, hijo mío. Estoy muy orgulloso de ti.

Tony no pudo contestar, pero una lágrima de alegría por ver a su abuelo se deslizó por su mejilla. El abuelo se fue desvaneciendo, con una sonrisa en sus labios.

—Lea —susurró Tony.

Ella despertó rápidamente y se abrazó a él.

—Te quiero —dijo Lea

—Yo también —dijo Tony—, de hecho, quiero pasarme el resto de la vida demostrándote cuánto te amo.

Fin.

*Visita la página de Anne Aband para ver su blog con
microrelatos y otros libros publicados por la autora:*

www.anneaband.com

*Si tienes un ratito, me encantará que dejes un par de
palabras tras terminar la novela, para saber qué opinas, o
que te ha gustado.*

¡Gracias y hasta la próxima lectura!

Nota de la autora.

Este libro fue uno de los primeros que publiqué hace más de seis años y, por ello, ha requerido de una revisión. Antes no podía tener correctora, pero después de publicar cincuenta novelas, he encontrado la persona y el tiempo para hacerlo.

Espero que, a pesar de todo, te guste esta novela corta.

Millones de gracias por leerme.